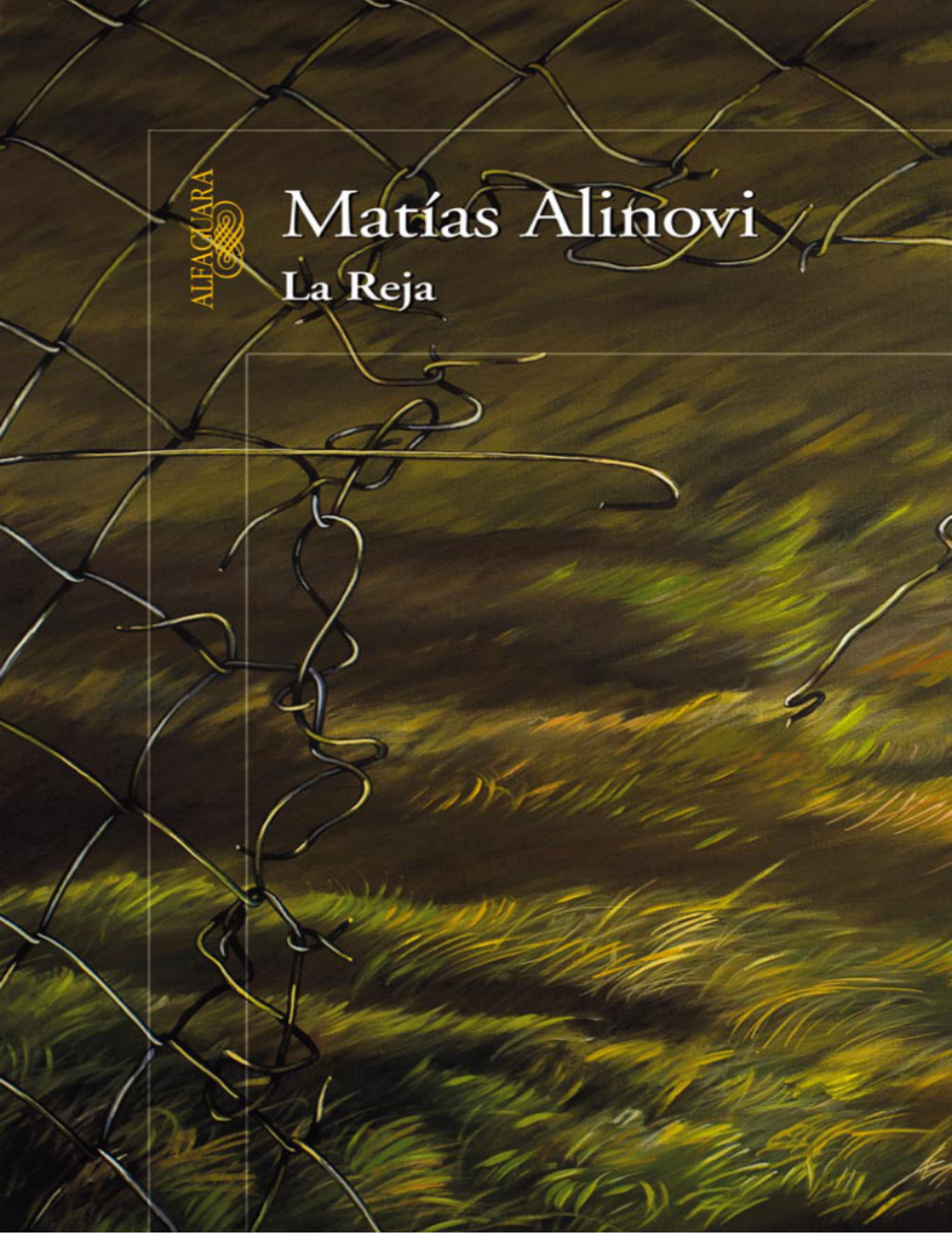
ALFAGUARA
Matías Alinovi
La Reja

ALFAGUARA

Matías Alinovi

La Reja

Índice

Portada
Dedicatoria
Epígrafe
La Reja
Biografía
Créditos
Grupo Santillana

A Denise Sciammarella

Ninguna legislación ha afirmado de modo tan enfático como lo hiciera nuestro Código Civil, el carácter absoluto del derecho de propiedad. Después de definirlo como el derecho real en virtud del cual una cosa se encuentra sometida a la voluntad y a la acción de una persona, se decía en el artículo 2513: *es inherente a la propiedad el derecho de poseer la cosa, de disponer o de servirse de ella, de usarla y gozarla según la voluntad del propietario. Él puede desnaturalizarla, degradarla o destruirla.*

Guillermo Borda, *Tratado de derecho civil*

Car, selon l'axiome du sage Locke, il ne saurait y avoir d'injure, où il n'y a point de propriété.

Jean-Jacques Rousseau, *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes*

Por eso cuando el suizo llamó, y me preguntó, como si me estuviera cargando, con la entonación perversa y alemana, "¿vos sabés lo que está pasando en tu casa?", y yo le dije algo que era no, pero con bemoles, como si estuviera en falta, porque ante los suizos uno siempre está en falta, o siente que lo está, o debería estarlo, y él dijo, redundante, "ah, entonces no sabés lo que pasa", perverso y redundante, yo pensé entonces que no sabía bien qué casa, que no sabía en qué casa pasaba eso que pasaba, de lo que ya me enteraría, y por un momento creí que el suizo sabía algo de mi casa, de la casa en que vivía: un atisbo suizo del terror. Pero no, porque dijo "es un quilombo, papá", y entendí que hablaba de La Reja. Un poco por el suizo, que decía "papá" y que no medía la carga elemental de la palabra. Hablaba de La Reja, porque vivía a dos cuadras, a la vuelta, en una calle de tierra imposible. El misterio suizo de vivir a dos cuadras de La Reja, sobre una calle imposible, indefinida, entre yuyales, perdiéndose en la nada. "Te la ocuparon", dijo el suizo. "Entraron anoche, rompieron el candado ese de mierda que tenías." La Reja ocupada: ese salto repentino de las cosas que cambian su sentido. La Reja ocupada, sometida, su recóndito sentido alterado. "¿Pero cómo, y la puerta maciza de madera?" "Qué sé yo", decía el suizo. "Voy para allá." "Vas a tener que venir", decía el suizo, en un registro ocioso y diferente, para decir, otra vez, que estaba en falta, sugerir que no iba nunca, que la había abandonado, dejar asentada esa falta universal, la incuria de haberla abandonado, en un registro suizo de las faltas, que alguna vez presentaría ante instancias superiores. "Voy, voy", le dije, haciendo mi descargo, pensando en las autoridades competentes.

A la comisaría cuadrada de La Reja: las paredes blancas, pintadas de celeste, intenso, hasta la mitad. Una línea profunda y meridiana como un mar apócrifo y perfecto. Una cortina imposible en la única ventana, con textura y bordado enjundioso de cortina de micro de larga distancia. De los que van escuchando a María Martha Serra Lima, cualquier día, cualquier hora, en cualquier lugar. Una cortina triste que perdió su sentido por desguace. Pero grande, la cortina del fondo misceláneo de los micros que anula la ilusión retrospectiva, porque el viaje debe ser hacia delante. Una puerta lateral, de chapa inaccesible, y adentro un mostrador, levantado en un fin de semana por la buena voluntad de dos suboficiales, o tres, apilando los ladrillos. El alto

mostrador del tugurio de la ruta, de la trata, de noche los micros pasando silenciosos: yo no soy la roca que golpea la ola, soy de carne y hueso. Una melodía coreada perdiéndose en la noche, los ojos constelados de las vacas.

En la comisaría cuadrada de La Reja, del fondo de un pasillo un agente va emergiendo. Yedro, Lucas Yedro, lo leo en el sello que acaba de estampar en una hoja, la placa es más escueta. Me escucha, con los dientes manchados por el agua, con el nombre incongruente que sus padres pobres eligieron, con la cara ensanchada por el campo. Le explico, una quinta, anoche la ocuparon. La quinta, el nombre alternativo de La Reja. Me escucha, solícito sin nunca concentrarse. Cuando habla, la voz convencional disipa la velada anomalía. "Ahora cuando baje el móvil", me dice, "se dan una vuelta por allá". Cuando baje el móvil. ¿De qué alturas imposibles? Imagino alturas por mí desconocidas, hacia el lado de Mercedes, finalmente quebrada la llanura. Ondulaciones elegantes nunca vistas, que de algún modo mejoran la planicie. Vendrá de allí, el móvil: me siento a esperar, en el cantero de la puerta, otra manifestación arquitectónica de la buena voluntad apilatoria.

Hay gente que ya espera, irregular. Mujeres gordas y oscuras, con papeles muy fotocopiados, cadenas de oración, vagos permisos, con hombres arrugados, con chicos que han crecido. Los miro y ya sé todo, por eso los evito. Cuando aparece el móvil, descendido, de las alturas ignoradas de Mercedes, los dos agentes que bajan hacen bromas moderadas, completan someramente una planilla. Ejecutan las acciones del olvido que separan la misión de la que sigue. Yedro dice algo, les explica. No prestan atención. Los veo y ya sé todo, como antes. El más bajo trae chalecos, azules, antibalas, con hilachas. "Usted es el de la contravención", me dice cuando pasa, pero es una pregunta. Digo que sí, instintivamente, porque no quiero moverme por defecto: estoy sentando un precedente. "Ahora vamos para allá", me dice.

"Si querés algo, golpeás el vidrio", el más bajo. "Las puertas no se abren." Voy sentado atrás, una cabina angosta. Un espacio marcado de manchas y rayas indecibles. Hay sangre, escupitajos, que adivino. Voy sentado apenas sobre el borde del asiento. Un espacio con la amnesia de los golpes, los desmayos, la sombra mercurial de la violencia, los estados psicotrópicos que ignoro. ¿Y los cortes, las heridas, los gritos destemplados, las pocas palabras repetidas, con la boca pronunciando, aborrecible? El sentido imponiéndose en el grito, por fuera de todo discurso articulado. "Si querés golpeás el vidrio." No hace falta. Los oigo que conversan adelante. El más bajo, el morocho, con el pelo negrísimo, mojado. El otro, el más alto, que maneja, y escucha divertido. "Hecha mierda la cabeza", el más bajo. Se pasa una mano

por la nuca. Una mano a contrapelo, del pelo negrísimo y mojado. Las púas obedientes se reintegran tras el áspero pasaje inopinado. La cabeza mojada en la esperanza de paliar la resaca aborrecida, en algún piletón, de los del fondo. “Estás en el horno, morocho”, dice el más alto, que se ríe. ¿Morocho? Alguna otra palabra deformada a través del vidrio con estrías, que ahora veo, porque impiden la vista por regiones. Las marcas aserradas de la nieve, la forma ideal de los cristales, con las puntas de flecha repetidas, ordenadas en grupos bajo el vidrio, por zonas de cardúmenes helados surgidos de los golpes formidables, contra el vidrio, y veo que no puede ser de vidrio, esos peces helados lo declaran, un vago polímero extranjero, una patente precisa y registrada deteniendo la mano del delito, de los negros en cuero que se drogan, y le pegan impotentes a ese vidrio del que surgen cardúmenes helados que la investigación ya había previsto.

La cabina espacial del conurbano avanza hacia La Reja por caminos sin contornos definidos, el muestrario de todas las veredas desplegándose indolente entre los yuyos. O de las pocas veredas que se alcanzan con los pocos materiales primordiales. Básicamente, la tierra y los ladrillos. El otro y el morocho me preguntan, se interesan vagamente por mi caso. “¿Te entraron en tu casa?”, me preguntan. Les digo que sí, que es una quinta, que antes estuvo alquilada, que antes la alquilaba un policía. Pero callo que era, también, un delincuente, que la usaba de polígono de tiro. ¿Lo dijo el suizo? ¿Pero cuándo? Intuyo que sé cosas que ignoraba. Intuyo que es común en estos casos. Las cosas alteraron su sentido. Cosas recónditas, perdidas, que no pueden nombrarse en el olvido. Los recuerdos ocupados, alterados, por las sombras instaladas en la casa. La Reja ocupada es una casa: La Reja ha alterado su sentido. Esa sombra de los árboles fugaces permeada de las luces movedizas, esa sombra imperfecta proyectada sobre todas las figuras del recuerdo. Una mañana eterna en que llovía, y hacíamos tostadas, y mirábamos la puerta hacia el aljibe, a través del vidrio cristalino. Una mañana perfecta detenida, y unas sombras fugaces, mitigadas, que iluminan repentinas su sentido.

Habla, el otro, y suspende la cabeza de tres cuartos, en la conversación aérea con el retrovisor. Un ramalazo de alarma: tiene los labios pintados. El móvil avanza entre filas paralelas de ligustros, por los pozos sin contornos, sin recuerdos visibles del asfalto. No hay labios pintados sin espejo, reflejando oblicuo la impudicia. Repentino, el infierno se traduce al conurbano: lento, el móvil desciende por los círculos, entre cercos de ligustros paralelos, al centro espectral de la condena. El hombre que conduce es policía, los labios pintados: así los ha querido. Morocho, una figura del reparto. Toda hora fatal va señalada por la revelación de una conjura. ¿Y si todos hubieran conspirado? El suizo me llamó para matarme, estos dos ejecutan la

condena. ¿Matarme para qué? Quedarse con la casa. La Reja ha alterado su sentido: La Reja codiciada es una casa. *Un suizo opera en connivencia con conexión local del conurbano*. "Vas a tener que venir", había dicho, y el cambio inopinado de registro. El suizo loteando los terrenos de los muchos propietarios fenecidos. Organizando una Suiza conurbana. Así se habrán formado los cantones, ese misterio suizo de la división política. Después, de a poco, el suizo instala suizos. Un colono suizo en cada lote, viniendo desde allá, con las pensiones. Son fuertes y hacendosos y rápidamente propietarios. *Colonia suiza, la otra cara del conurbano bonaerense*. Pero esos labios pintados son un herpes —tranquilo—, una forma pertinaz del sarpullido prosperando entre límites precisos. El herpes va brillando necesario, inconstante, encuadrado en el espejo: quebrar la metafísica inminente.

Morocho y los labios preguntaron. Hablé de más. En voz muy alta. Obnubilado por los labios, dije cosas. Que no soy el propietario de La Reja. Que la quinta es de Rolo. Que es mi padre. Y es seguro que quise decir: alocución ridícula. Ese deseo semántico de explicarse. ¿Habré dicho, también, que la abandonó? ¿Que me dijo: "A mí la quinta ya me dio lo que debía"? ¿Y qué será? No puedo saberlo. No sé qué dije. Obnubilado por tus labios dije cosas / que no debí decir. El móvil dobla, ahora, lento por Moreno, y en la curva se instala lo ominoso, que es una opresión en el estómago. A la izquierda, la Elsita abandonada. En la Elsita hubo flamencos, rosados, en el parque. Veníamos a verlos. Omar Sharif comió un asado. Sería cuestión de preguntarle. Recordará, al menos, los flamencos. Rosados, atrás de los ligustros. Recordará la tarde calurosa, los árboles perfectos. Omar Sharif, al menos, tendrá que recordar que aquí hubo una quinta con flamencos rosados en el parque. Que él comió un asado, una tarde calurosa, aunque el calor convenga suponerlo.

La perspectiva sinuosa de Moreno se impone majestuosa y conurbana. Desciende serpenteando hacia los bajos, al paso que las quintas se disgregan. Las últimas apenas se postulan: son casitas con parque y amargura. Querría ver, desde aquí, en donde estamos. Pero sólo veo, a un lado, los árboles romanos. Los altos pinos paralelos que secundan por tramos las murallas, lejos de Roma, en las afueras. Para el imperio, el mundo es conurbano. Podrían reclamarnos éstos, junto al ligustro menudo. Podríamos perderlos, lo poco que tenemos. Pero no veo el portón, sobre la izquierda. Es tan fino que no proyecta sombra. Es tan endeble que no habrá costado nada entrar, romper el candado ese de mierda que tenía. Morocho y el de los labios pintados no dicen nada. La cabina espacial del conurbano se acerca en el silencio perfecto de la siesta, a la esquina de Moreno y de Madero. Una casa ocupada. Una casa: finalmente alterado su sentido. El móvil se adentra en la hondonada que circunda la finca y la lindera, la zanja

con el pasto mal cortado. La cabina espacial que se requinta, toma esa inclinación de haber llegado. Baja, primero, el de los labios. El porte también va requintado. Lo veo caminar hacia la casa, de espaldas al móvil conurbano: borceguíes que absorben la pendiente, el cinto diagonal en la cintura, el arma anexa, en la funda, misteriosa. Morocho hace una seña contra el vidrio: "Ya te abro". Morocho es un negro, ahora lo veo. Le veo la cara como otras, velada en el polímero extranjero.

Junto al portón comparecen dos siluetas. Esperaban a la sombra del ligustro. El suizo y una gorda imprecisa. En rigor de verdad, dos ignorados, pero en el trato la gorda avasalla, carga la tinta teatral de la conducta porque busca mitigar las diferencias. "Mi hija, justo, justo, que buscaba." Sabe mi nombre, por eso lo repite: el suizo se lo dijo poco antes, a la sombra exigua del ligustro. Y al de los labios: "A ustedes los llamamos, no vinieron". "Te la quería alquilar", dice inconstante, sin perder la línea subterránea. "Anoche, rompían el candado. Llamamos, no vinieron, ¿dónde estaban?" El de los labios aplaude, perfilado, y la ignora, como a una circunstancia de la siesta. Es el hombre del momento. Lo era desde antes, en el móvil, pero toda verdad se va imponiendo. Al principio, todo es todo: ilusorios destinos insondables. Después, las cosas se acomodan, con el gesto de ver lo conocido. Morocho ha sabido sustraerse: es que las gordas que velan las esquinas, a la espera feroz del propietario, no aluden a morochos policías. El suizo se adelanta, me saluda, la cara pesarosa que acompaña. La mano fuerte, corta, una herramienta que interviene, precisa, en el espacio. El suizo y la gorda son la módica junta vecinal que me secunda, las turbias fuerzas vivas ancestrales que alientan las salidas de los cauces. En el portón, la cadena es la de antes, el candado ha sido reemplazado. Un candado mejor que el que tenía. En rigor de verdad, nunca se sabe.

El hombre del momento, el de los labios, aplaude otra vez. Veo la casa, lejana en la inminencia. El camino de lajas descuidado. Veo los signos de todas las presencias que antes caminaron por el parque. El orden de las tejas esmaltadas agobia hasta el final la galería. Las plantas descuidadas. Aplaude el de los labios. Lo sabemos: hay gente en la casa, no se pueden ir si la ocuparon. Ocupar es todos los momentos. Una tarea continua de relevos, para ir al almacén, o hasta la esquina. ¿Y si acaso hubieran desistido? Aplaude, insiste, el de los labios. Alguien podría haberles avisado: la cabina espacial está llegando, adentro trae flotando al propietario. Miramos la puerta, maciza, de madera, que no se abrirá, ya lo sabemos. El mínimo tumulto es al costado, debajo del pino oscuro, equivocado, creciendo incivil contra la casa. Dos nenas avanzan por el césped, las veo recién cuando llegaron, del otro lado, los últimos tres pasos. Dos nenas

impulsadas desde dentro, que han rodeado la casa y evitaron la puerta maciza, pesada, de madera. Dos nenas altas y prolijas: “Mi mamá no está”. Querría verlas cabalmente: entender lo que se pueda con la vista. En un esfuerzo vidente y cognitivo develar el enigma que proponen. Pero es una ilusión descaminada. Dos nenas prolijas, y eso es todo. “Salió a comprar remedios”, la más alta. “Son para mi hermanito.” El pelo con dos moños esmerados.

“Es el momento, es ahora”, dice la gorda. Lo dice desde atrás, como siguiendo el hilo de un discurso subterráneo. El de los labios pregunta vaguedades: que cuándo viene la mamá, que si están solas. Prospera en dimensiones paralelas el hombre de todos los momentos. “Es ahora”, la gorda que repite. Adelanta una mano a los barrotes, del portón que no proyecta sombra, y sacude estimando la eficacia de un sacudón mayor: deseado, inconcebible. Entrar ahora, entrar con el sentido que debe restaurarse en esa casa, traer el orden alterado de las cosas al cauce natural de los sentidos, la junta vecinal que me secunda. A sangre y fuego: las nenas asustadas, morocho levantando al hermanito —justo él, le duele la cabeza—, boca arriba, en una manta, sobre el suelo —morocho levantando un morochito—, la junta vecinal que me secunda, parapetada después en la cocina, esperando a la mamá que sólo llega con el áspero remedio cuando es tarde. “No, no se puede”, el de los labios, que apura las distancias siderales, entre una dimensión del tiempo y otra, se presenta veloz entre nosotros, recoge los discursos incoherentes, el conato fugitivo de los cauces, y dice no. “No te lo recomiendo.” Me habla a mí. “Vas a tener problemas.” Morocho, sustraído, está de acuerdo.

“Con el gobierno anterior era otra cosa”, el de los labios, de nuevo en la cabina. Avanza por caminos sin contornos. Por Madero, de tierra y de cascotes, sin la dignidad mineral de toda piedra. Entre quintas azarosas, detenidas, en el techo, en el revoque, en la membrana, en la suspensa mitad del alambrado. Entre quintas azarosamente suspendidas en el vector fatal del tiempo y del espacio que señala el estado de las cosas más allá del cual no se progresa. “Entrabas sin dudar, cuando querías.” Morocho se repliega en la ventana con una inclinación de la cabeza, el pelo negrísimo, mojado, en la fe de atenuar esa resaca, que progresa por caminos sin contornos, entre cercos de ligustros paralelos. “Ahora, andá a tocar a un chico.” Entre quintas que alteraron su sentido: entre quintas como casas detenidas. “Los de derechos humanos te incineran.” El de los labios suspenso en el espejo. “Hay que esperar que vuelvan los adultos.”

Ver una carpa instalada en la hondonada que rodea la finca y la lindera. Una carpa: instalados en la esquina, esperando a que vuelvan los adultos. Una espera de todos los momentos, sin salir de la carpa, por las dudas. Asomando apenas la cabeza por la hendidura azul hacia

la casa. La cara mal lavada por la noche. El sobretecho naranja y estirado brillando intemperante en la hondonada. Adentro de la casa, el hermanito, tiraniza a las nenas hacendosas, en la ausencia total de los adultos, que no volverán, ya lo sabemos. ¿Y si vuelve la mamá con el remedio? ¿Qué se hace? ¿Se llama al de los labios? ¿Se usa el celular desde la carpa? ¿El de los labios? Que el móvil venga rápido a la esquina, de Moreno y de Madero, en la hondonada. Una carpa brillando sobre el césped. Una carpa naranja en la hondonada que rodea la finca y la lindera. Volvió la mamá con el remedio. Que venga el de los labios en el móvil. La cabina espacial del conurbano se adentra por caminos sin contornos. Ese salto repentino de las cosas, inconstantes, que alteraron su sentido. Ocupar es todos los momentos, el que ocupa no abandona, eso se sabe. La mamá ya no viene: ya está adentro. Que el móvil no se apure, los adultos no abandonan la casa ni un instante, para ir al almacén o hasta la esquina.

"¿Querés que te presente un abogado?", el de los labios, de nuevo en la cabina. Entre quintas azarosas, suspendidas. "Una abogada, trabaja en La Reja." Morocho se repliega en la ventana con una inclinación de la cabeza. "En tres meses, seguro, te los saca." La cabina espacial del conurbano se adentra por caminos misteriosos, entre quintas vegetales detenidas. Lento el móvil cruza las dos vías del tren que va a Mercedes, al oeste, progresando por alturas ignoradas, que atraviesa la región indefinida, en que muere, catastral, el conurbano y empieza la legítima llanura, el innegable campo necesario. La imposible línea en que se pasa de la abstracción fatal del conurbano, a todo lo que existe por sí mismo, en flagrante conflicto con lo otro. El conurbano abstracto desde el nombre, surcado por cabinas espaciales, atravesadas de marcas indecibles, en que flotan imprecisos propietarios. Toda hora fatal va señalada por la revelación de una conjura. El de los labios prepara las salidas: busca a las nenas que ocupan cualquier casa, aplaude perfilado ante portones, que no proyectan sombra, por lo endebles —con el gobierno anterior era otra cosa—, y el móvil cruza lento las dos vías —en tres meses, seguro, te los saca—, hacia la urgente reunión con la abogada. *La bonaerense opera en connivencia con cuerpos colegiados conurbanos*. Morocho, una figura del reparto.

Ver el chalet alpino, incongruente, al bajar de la camioneta. El de los labios aplaude perfilado ante el portón de la abogada —es su tarea —, que aparece en la postal fuera del tiempo. Si alguien, en Suiza, recibiera esta postal de La Reja: la abogada saliendo al camino sinuoso y paralelo que lleva hasta el portón; detrás, los listones barnizados, los techos agudos, el balcón inútil, los grandes ventanales, las piedras en relieve, desde abajo, remedando el descuido europeo anterior al arquitecto. La postal envejeciendo en un cajón. La abogada suspendida en su casa de La Reja, atravesando los inviernos rigurosos sin salirse nunca del camino, sinuoso y paralelo, sin decidirse nunca a llegar hasta el portón, donde la esperamos. Una vasta construcción de piedra y de madera, de largos listones oscuros paralelos, techos agudos, con un balcón al parque, a la nada: una arquitectura afanosa de la nieve. Un balcón que nadie nunca usó, eso se sabe. Para salir al balcón regularmente hay que inventar una rutina, artificiosa: unas plantas que regar, una postal veleidosa que ver una vez más. La vista al parque, aquí es inmutable, es siempre el pasto insólito desde el primer piso. Y el parque enorme libera toda planta, seca las macetas por extensión.

La abogada saluda al de los labios, a Morocho, y me mira. Acá te traigo a uno, le dice el de los labios sin moverlos. Ya veo, responde, en silencio, la abogada. “Pasá, pasá”, me dice. Es una entrega. La cabina espacial del conurbano está a punto de partir, vacía. La misión cumplida, se retira. Avanzará por caminos sin contornos, sin recuerdos visibles del asfalto —la calle de tierra y de cascotes, sin la dignidad mineral de toda piedra—, hacia la comisaría cuadrada de La Reja, una línea profunda y meridiana como un mar apócrifo y perfecto. La partida puede lamentarse: toda misión tiene el encanto, inconfesable, de sustraerse al tiempo y al espacio. Prosperar en dimensiones paralelas en eterna misión hacia la nada. “Pasá”, me dice la abogada. Y entonces paso. Emprendemos el camino hacia la casa, desandamos lo sinuoso del sendero, doble, cada uno por su lado. Prosperar en dimensiones paralelas. “¿Te entraron en tu casa?”, me pregunta. “¡Qué horror, cómo estarás!”, me dice.

La abogada es tierna y suave, se entiende mirándole las manos, aunque ahora estén manchadas: la inconstancia tonal de todo liquen. La abogada engordó últimamente. Envejeció. Si alguna vez fue linda, fue breve el apogeo. Y en el momento se desentendió. Un breve

apogeo indolente de unos días, hace veinte años. Entramos al chalet. Una antesala, los pisos imposibles de un castillo. Las baldosas enormes y lustrosas: el damero de las blancas, con una moneda pulida en cada ángulo, cancelados los rostros de los reyes. La revolución pasando en negativo. Dan ganas de acostarse en el piso. Vivir en la antesala, junto al fuego. Afuera, la nieve persistiendo.

"Pasá, pasá", me dice la abogada. Y, "cómo estarás con todo esto". Me obliga a decir *sí*, sin que se entienda. ¿Qué quiere decir *sí*, en estos casos? Accedemos a un ambiente provisorio. Visiblemente, el lugar donde trabaja. Las cosas se acumulan en las sillas. El escritorio es una tabla, rústica, de pino. Hay una impresora destemplada, papeles descuidados. En La Reja no hay cajón que proteja el documento. O ya están ocupados. Se recurre al artificio más a mano, a una bolsa rugosa y transparente, donde se embute el atado de papeles; las cuentas de la luz, la moratoria. Una región hostil a los papeles: algo en el aire los reseca; o se manchan, pisados por descuido, la suela de barro, como un sello, certifica que la luz ya fue pagada, o que no importa, algo ocurrió en el camino, insondables contingencias conurbanas.

"¿Querés jugo?", me ofrece la abogada, una medida de todo lo precario: el jugo tang y el plástico naranja de la jarra perenne en que prospera una lívida fauna microbiana en el círculo brilloso y semoviente que limita dos sustancias prescindibles: el jugo teórico, anodino, que remite a la abstracción de la naranja, y el plástico espurio y espantoso, que alguna vez fluirá como la lava de un rígido volcán en miniatura con la humareda tóxica incluida. Le digo que no quiero, es previsible. Ella lo preguntó como sabiendo. Me pide que le cuente y me resigno.

Le hablo de La Reja, ocupada. De las nenas que surgieron desde dentro. De la puerta maciza de madera. Del policía que antes la alquilaba —no le hablo del polígono de tiro—. Me mira, la expresión voluntariosa. Que se note en la cara que me escucha. Alguna vez alguien le dijo que debía prestar ojos al cliente. Le pareció genial, quedó grabado, y desde entonces pone esa expresión cuando le hablan. La profesión es acatar algunos mínimos reflejos: amaestrar la virtud, la inteligencia, peligrosamente repentinas. Todo igual y necesario en el mundo diverso y contingente. La abogada abre los ojos, asiente, revisa unos papeles. Está preparando las preguntas, o una breve introducción al honorario. El ventanal es hermoso. Enorme y bajo hacia el parque, remotamente verde. La Reja admite epifanías sobre una fealdad de todos los momentos.

Pero la abogada dice algo inesperado: "A mí también me entraron". ¿Acá, en esta casa?, quisiera preguntarle. "En esta casa, unos gitanos." Los gitanos alpinos de La Reja viviendo en la Suiza conurbana a expensas del candor de la abogada. En Suiza alguien lo explica con un

dedo que repica en la postal fuera del tiempo. “Estuve nueve meses, no se iban.” Veo arañas de metal en cada ambiente, a través de las puertas entreabiertas: la aristocracia gaucha del diseño que no quiso descender desde los techos. Lo trunco y lo austero, lo más nuestro. “Pero las lámparas”, le digo a la abogada, “¿no se llevaron las cosas que ahora vemos?”. “¿Esas cosas?”, me dice la abogada. “¿Esas cosas?” Me mira y se sonríe. Toma una carrera moderada estirando tranquila la sonrisa. “¿Cómo fue que me dijo ese colega?” La abogada piensa ahora en su colega. Lo mira en el espejo de los ojos. “Ah, sí. ¿Sabés qué pasa?” La abogada va a explicarme lo que pasa. A explicármelo de acuerdo a su colega. “Esos negros no tienen universo simbólico.”

Es verdad: lo pienso y lo reprimo. En un acto fulgurante y represivo, las ideas se matan en la mente. Es verdad, pero no puede serlo —lo decido, el mediano plazo represivo— si al mismo tiempo lo dice la abogada. O ese colega, que viene a ser lo mismo. O algo peor, lo mismo concentrado. Ahora dice algo de nosotros. Quisiera explayarse, aunque no puede: la elocuencia campeona del colega doblega la razón de la abogada. La miro y ya sé todo. Lo que quiere decirme, me lo digo. Somos nosotros: la Suiza conurbana, Morocho, la enjundia del bordado. Ahogados en el mar del simbolismo, mientras los negros se salvan en los botes: concretos, horribles, congruentes. Omar Sharif, la tarde, los flamencos, las ganas de acostarnos en el piso —mientras cae la nieve persistente—, la cabina espacial del conurbano, la enjundia del bordado en la cortina, el hombre de todos los momentos, los rostros cancelados de los reyes, la sombra mercurial de la violencia, la boca pronunciando aborrecible, ver todo el tiempo las cosas que no existen. Unos ciegos al revés: los visionarios de una metafísica inminente. Un mundo equivocado ante los ojos. El colega señala la carencia, para decirnos que estamos bien jodidos. Es un tipo de mierda ese colega, hay que salvarse nadando entre los botes.

Le pido el teléfono a la abogada: llamar a Rolo. Tratar de involucrarlo en lo que pasa, aunque haya dicho palabras concluyentes: "La quinta ya me dio lo que debía". ¿Y qué será? Rolo cambia de opinión. Tratar de involucrarlo, aunque todo sea de algún modo previsible, y se acomode con el gesto de ver lo conocido en cuanto atiende en cualquier parte y me dice: "Acá estoy, en La Asturiana, con el amigo Pepito: te saluda". Pasar el parte sobrio que aniquile la indolencia, y los saludos disuasorios de Pepito. Contra la atmósfera tranquila y asturiana le digo *la abogada*, y antes *policías*. Le digo *las dos nenas que surgieron desde dentro*. "¡Qué cagada!", dice Rolo. Un modo grave de acentuar, que va queriendo decir que no hay remedio. En voz alta repite *la abogada*, y escande *policías* con desprecio por la fuerza policial en su conjunto, pero también, y más aún, por cada miembro. Es astuto a su manera. Va nombrando con desprecio y restablece esa atmósfera tranquila y asturiana. Va nombrando con desprecio y así trunca los flechazos peligrosos conurbanos que podrían vulnerar aquella calma. En el centro del ambiente inexpugnable, el corazón de Rolo: esa víscera que podría conducirlo a la acción inopinada si una flecha, perentoria, lo alcanzara. Pero nunca ocurrirá, es imposible, una contradicción en los términos de Rolo, el oxímoron secreto lo define: que se conmueva y surja allí la acción como secuela.

Le digo que en tres meses: la miro a la abogada porque asiente. Registrar que el plazo ha sido confirmado, registrar la connivencia de los labios. "Acá dice Pepito que le entraron." En el *country*, le robaron varias cosas. Y comenta las instancias de aquel robo que ya no importa a nadie, ni a Pepito, pero habilita vejaciones similares, es contiguo de infortunio y nos faculta para sufrir nuestra propia adversidad, nuestra desdicha. Si el amigo Pepito no sufriera nunca ningún robo, ni una estafa, si a los innumerables autos que ha tenido nadie nunca los hubiera tocado con codicia, forzado con denuedo, rayado con malicia, de algún modo La Reja ocupada sería una impostura intolerable, la extravagancia incomprensible de unos negros con la desorientación de los cetáceos que terminan varados en la arena. Pero Pepito sufrió, es importante. Y la voz de Rolo me lo explica, habilita el sufrimiento a la distancia, y al mismo tiempo, atención, ya desestima los derroteros de la acción inexplorados. Porque el amigo ya sufrió lo que debía, y se ocupó de aquel robo en su momento, y de algún modo esas acciones de Pepito nos han exonerado

de las nuestras. Tenemos por bien sufrido lo sufrido, tenemos por bien robado lo robado, si le ocurrió a Pepito lo ocurrido. Porque es autoridad en la materia, y en toda otra circunstancia imaginable, como cualquier otra persona conocida. "Y bueno, se hará lo que haga falta", dice Rolo. Y entiendo entonces —y sin hacer historias, me lo digo a mí mismo en cuanto entiendo— lo que puede entenderse prontamente de esa sola afirmación voluntariosa: que Rolo no la quiere recuperar.

Sin hacer historias. Que se entienda: no es que no lo quiera en absoluto. Lo que querría Rolo, si algo quiere, no agota la expresión *recuperarla*. No se nombra así lo que querría. La voluntad no se ciñe a la palabra. Pero tampoco negando que lo quiera. Lo que Rolo querría es paralelo, es desdoblado en voluntades solapadas. Recuperarla tal vez —y no está claro que la tarea ingrata nos incumba— y al mismo tiempo alcanzar la contundencia de dejar algo preciso demostrado. ¿Qué cosa y ante quiénes? Mientras Rolo me aconseja y ya no escucho, recuerdo que mi hermano le decía que él corroboraba a De Certeau y no lo sabía. "¿A quién?", decía Rolo. Mi hermano le explicaba: la estrategia es privilegio de los fuertes, los débiles se resignan a la táctica. Creímos entender en el momento. Una relación laboriosa, esforzada por ahorrar esfuerzo, incapaz de imponerse a las cosas: la táctica de Rolo en el mundo. Ante ese mundo que se impone oscuramente, querría Rolo dejar algo demostrado. No siempre, no en todos los momentos: si la oportunidad se le presenta. Dejar algo burlonamente demostrado. Querer recuperarla es no entender, es no advertir que se perfila lo oportuno. La táctica es burlona y laboriosa, en la espera agazapada del momento. La estrategia, somera y concluyente. Tener una estrategia —una abogada, dos policías— es no entender: La Reja ocupada es oportuna.

Y lo oportuno es ilusión descaminada. A lo largo de una vida vaporosa Rolo tuvo propiedades. Las casas en Brasil, adonde iba dos o tres veces por año. Iba en auto, con amigos, con amigas. Comentaba las instancias de la ruta, cuando volvía a casa con regalos. Comentaba comentarios de mujeres, ingeniosamente descaradas, que les decían al pasar alguna cosa, a él y a sus amigos, comentarios que fingían unos celos joviales, invitantes, complacidos, con la gracia propia de la lengua. Nos hablaba de algún chico, fugaz, circunstancial, del hijo del portero, de un negrito que había conocido, que siempre era despierto, habilidoso, era una luz haciendo alguna cosa, nadando en mar abierto, jugando al fútbol en la arena, o cantando entre las mesas por dinero, un chico pobre que jamás habíamos visto, de nuestra misma edad y de una condición superlativa, con el que se cruzaba por la calle, a cada paso en ese viaje, y que también había ganado algún concurso, un campeón de ajedrez de todos los estados, un adalid que ayudaba a la

mamá trabajando de una cosa que era humilde, que no era para chicos, de una cosa de la que nunca, jamás, mi hermano y yo trabajaríamos, y nos decía el nombre, que era Edson, o João, y nos decía también el apellido, porque le había preguntado, y entonces nos ponía sobre aviso, y durante algunos meses, entre ese viaje y el viaje que seguía, esperábamos confirmaciones de aquel genio, que llegara de Brasil una noticia, que los diarios lo nombraran y quedara develada de una vez esa secreta condición superlativa. Pero no pasaba nada, y Edson, y João se iban perdiendo, y así nos permitían —y nunca agradecí debidamente ese gesto de eclipsarse para siempre en el sur de Brasil, entre otras vidas— que siguiéramos de a poco con lo nuestro, que era nadar, sí, pero más lentamente, y era cantar, también, pero desafinando, y jugar al ajedrez como cualquiera que puede mover algunas piezas y no advierte que está por ser comido y puesto en jaque por el otro, que es más hábil, que es mejor, que es un negrito.

Qué lejos queda Camboriú, desde La Reja, qué lejos queda la bahía, igual a la de Río, pero mejor, porque la habías elegido, ¿no es cierto, Rolo? Y porque eras promotor infatigable, en toda fiesta familiar, en cualquier parte, vendías esa idea inquietante para todos los maridos —y las mujeres también, era inquietante—, de que todos podían ir a Camboriú, vivir la vida provisoria del verano, en cualquier departamento, que tenías y prestabas, algunos en el centro, en Brasil y Central, justo en la esquina, detrás de las cortinas altas, gruesas, polvorientas, un cuarto piso, transidas por el sol, en esa esquina céntrica de motos que arrancaban a las tres de la mañana, durmiendo con tapones, o acaso en otros, alejados, aunque nada nunca estaba lejos si era tuyo, alejados no, a cuatro cuadras, en un lugar hermoso que era horrible, aunque nada era nunca horrible si era tuyo, a cuatro cuadras y era lejos, en algún departamento provisorio que habremos visto alguna vez, y hasta prestabas un auto que tenías, un mustang del color de la mostaza, y no pedías nada a cambio, acaso ser corroborado, y que otros te dijeran que era cierto, que era mejor que Río la bahía, no sé, más otra cosa, y esperate un par de años, cuando hagan los desagües mar adentro y la mierda ya no vuelva hacia la playa, mejor que Río, fácilmente desdeñable, porque no era Camboriú, no era elegida.

Y una oficina céntrica, perdida. ¿Vos te acordás? ¿No vivís de los recuerdos? ¿Vos te acordás del carnaval de la alegría? Una oficina céntrica perdida, el agua entre las manos, por donde desfilaron monstruos tristes: Alcides, tipo raro, que pedía con denuedo que no dejaran ir a su Violeta, y Carlitos Scazziotta, que mantuvo, honrado, a su familia, diciendo dos palabras perentorias, exigiendo a otra Violeta que saltara, y que murió de hipoglucemia porque el norte de la vida es a veces la tristeza concentrada, y Ricky Maravilla, un negro feo que

tenía pretensiones y quería ser gobernador de su provincia, y por eso venía Mera Figueroa, un político idealista, y venía Jaroslavsky, a comprar publicidad en los estadios, y todos los planteles de Las Primas, variables y difusos, y Yuyito González, que era novia de tu socio, de tu hermano, y el mentalista cubano que trajeron, cuando viajaron a Cuba con tu hermano, Mariano se llamaba el mentalista, al que vos liberaste de esa isla, y firmaste por él, te hiciste responsable, gesto noble, temerario, que no te costó nada, y lo sentaste en el sillón de Susana, porque tu socio sentaba ahí a quien quería, y por eso después sentaste a Eugenio, un mulato cubano y desgarbado, un sacerdote yoruba, un babalao, que conversaba con Orula, el orishá que dio a los hombres el don más importante, conocer el futuro y esos males que están siempre acechando, y acaso prevenirlos, y Eugenio que tomaba una cerveza y después otra, y recibía en un departamento de un ambiente a la gente que quería consultarlo, que solía estar desesperada, y luego te contaba lo escuchado, y vos te sorprendías, y la gente le pagaba, y vos cobrabas, porque lo habías traído desde Cuba, muerto de hambre, y hubo que ir a buscarlo al hotel provisorio en que vivía, ¿te acordás?, sobre Callao, un edificio hermoso de cien años, y vos estabas intranquilo, era la hora y Susana en el sillón, que lo esperaba, y el tránsito en Callao era imposible, y me pediste que bajara y lo trajera, y vos abajo en el auto y la impaciencia, y yo entré a ese edificio, hotel barato, y la luz se había cortado, y pregunté y me dijeron cuarto piso, y subí por la escalera en la penumbra, y avancé por un pasillo tenebroso, y llegué hasta una puerta que era negra, que estaba abierta, buscando la penumbra del pasillo, y di unos pasos y llamé, por el nombre terrenal, el que tenía, y nadie dijo nada, y la penumbra que se iba acomodando, paulatina, y negro sobre negro dibujaba una figura de hombre negro muy mojado, sentado sobre el borde de la cama, hombre lento, desnudo, hombre rezando, con las palmas claras bien abiertas hacia arriba, en las rodillas, y las piernas separadas y enmarcando una verga negra, larga y africana, verga de Orula, una chorga bien oscura que colgaba sobre el borde de la cama, sin lascivia, esa chorga ecuménica, fecunda, mitológica, la verga orula de la noche negra y africana de los tiempos.

No te acordás: ya no querés, porque perdiste la oficina, y todas esas cosas que tenías, o no tuviste nunca, y sólo se salvó La Reja, que atravesó un período orgiástico accesorio, cuando se iba perfilando en la oficina la posibilidad de llevarse algunas primas, o cualquier aspirante a cualquier cosa, y vos decías que tenías una quinta, en La Reja, con pileta, y con un quincho, hermoso, y con parrilla, y que un asado el miércoles, porque el fin de semana la familia, aunque no la nombrabas, es seguro, y lo llamabas al Negro y le decías que tuviera todo preparado, y lo tenía. Pero un pezón se chupa hacia el olvido, es

la trágica medida del destino: de nada sirve la ilusoria variedad de tamaños relativos, de tonalidades rugosas, de estrabismos. Y todo se perdió, y aquellas primas se fueron convirtiendo a diversas religiones y dejaron el negocio, y los departamentos de Brasil fueron vendidos y comprados, demolidos y anexados a diversos condominios, y tantas cosas que no nombro se perdieron en la ciénaga indolente del olvido, y sólo se salvó La Reja, que atravesó aquel período orgiástico accesorio, y luego fue expoliada, y alquilada, y fue robada, y sometida, y ahora está ocupada por las sombras negras pertinaces, pero vos no querés recuperarla, porque La Reja ya te dio lo que debía.

La miro a la abogada. Estoy hablando con mi padre. No sé bien qué decir, si no es lo mismo de siempre, y por eso, tal vez, le pido un mapa. Le pido a Rolo —mi padre— que me haga un mapa inexplicable para llegar hasta La Reja. Habrá que venir seguido si la queremos recuperar. Aunque sé que el plural es retórico: no sabe expresar lo parejo de dos voluntades. Le pido que haga un mapa. Le miento que no sé llegar en auto, que no recuerdo exactamente qué salida conviene tomar. Ya sabe que le miento, que exagero. Primero conmoverlo, después desconcertarlo: todo inútil. La abogada querría intervenir, para explicarme, pero le muestro la palma perentoria, que quiere decir que el mapa es otra cosa, que no entiende. Y ya voy perdiendo pie, ya me deslizo por la pendiente de la simulación y la impostura. Estoy pensando en viejos mapas, abogada. Treinta años atrás, a mano alzada, para llegar a las quintas, a una reunión familiar, o acaso anómala. Esos mapas conformaban una geografía conjetural del conurbano, un sistema de referencias personales. Los invitados comentando los méritos del cartógrafo. “Llegamos bárbaro”, decían. El sistema de referencias del cartógrafo coincidía con el de esos invitados. En otros términos, veían lo mismo. Porque el mapa es testimonio de lo visto, abogada. De lo que el nuevo cartógrafo veía todos los fines de semana. Otros, con el mismo mapa, se perdían. Decían: “¿Cuál era el sindicato del seguro? ¿Ese tinglado gris entre los árboles?”. Si Rolo —mi padre— hace un mapa para llegar a La Reja, abogada, de algún modo voy a recuperar su sistema de referencias personales. Veré lo que él ve, lo que recuerda todavía con los ojos. ¿De qué sirve? No lo sé. El propósito es artificiosamente teórico, pero le estoy pidiendo que lo haga, no se meta. Y Rolo dice entonces: “Ya lo tengo”. Que consiguió el mapa instantáneo, bien prolijo. Imaginar el mapa conurbano: ver las letras impresas de impresora —lo dice Rolo, de impresora—, aunque lo sé incapaz, descomedido, los ángulos rectos de las calles, los durmientes de las vías incansablemente paralelos. La tipografía regular. Debe explicarse. Dos compañeros que se casan, coincidencia. Hacen la fiesta en una quinta, allá en La Reja. Dos compañeros de la ANSES, adonde Rolo, felizmente recaló, mi abogada,

después de aquellas conversiones religiosas, después de aquellos condominios anexados, porque un amigo de la infancia dirigía la regional nacional de regionales, y lo quería con él, ahí, a su lado. Y fue Rolo y fue feliz, porque hizo tantos amigos y tan buenos que al que le hable mal de ANSES hay que matarlo. Porque Rolo era distinto en ese ambiente, y contaba las historias del pasado, y les hablaba de una quinta, allá en La Reja, con quincho y con pileta, y que un día irían todos a un asado, y que ahora el mapa les servía, coincidencia. "Te agrego el camino ahí al costado." La miro a la abogada. De a poco va imponiéndose una idea: en los términos abstractos de intercambio, el mejor mapa posible. El que quiere referencias personales obtiene la noticia de unas líneas desleídas en los márgenes del mapa de otro. Una relación laboriosa, esforzada por ahorrar esfuerzo, incapaz de imponerse a las cosas: la táctica de Rolo en el mundo. El mejor de los mapas posibles: el verdadero mapa táctico.

Cuando cuelgo: “Hablaste con tu papi”, me dice la abogada. “Mirá, las cosas que hay que hacer.” Ir al juzgado letrado de Moreno y presentar un escrito exigiendo la restitución del bien. Antes, hablar directamente con los que ocupan. “Nos damos una vuelta”, me dice la abogada. “Les ofrecemos algo. Quién te dice, agarran viaje. Esperá, esperá.” Tenemos que ir a la comisaría, cuadrada, de La Reja, una línea profunda y meridiana como un mar apócrifo y perfecto, y hablar con Tasso, el capitán, el comisario. Busca las llaves, revisa la cartera, un bolso negro con una borla plateada que lo aplasta. “Vamos ahora”, me dice la abogada.

Salimos de la Suiza conurbana por el portón desvencijado de madera. Lo tiene que cambiar, pero debe pagar también la camioneta: la acaba de comprar y se arrepiente. Vamos muy altos, sobre el cauce polvoriento de las calles, y vemos las casitas desastradas, a través del aire frío que emancipa. La cabina espacial de la abogada desfila ante esas formas menores de la vida, que perduran en los lotes marginales: son formas lentas, que erigen madrigueras espontáneas, y no se dejan ver porque no quieren. Y un día salen, y ocupan casas quintas, y entonces contratar a la abogada, apersonarse en presencia de efectivos, redactar escritos exigentes, acudir al juzgado, letrado, de Moreno, pero antes una vuelta, a ofrecer algo, y antes aún hablar con Tasso, el capitán, el comisario. “Un curso, por infiel”, me dice la abogada. Se ríe, es tierna y suave: la risa cantarina, irremediable. “Engañaba a la mujer. La pena que le dieron: un curso, los sábados, en Merlo.”

Un día, en el juzgado letrado de Moreno, la abogada revisa un expediente: el capitán Tasso sancionado. “Con la mujer, los sábados a Merlo.” ¿Con la mujer? “Ah, sí, los dos; si no, quedaba exonerado.” La cabina espacial de la abogada desfila ante las formas lentas de los lotes, y confirma cada pozo sin contorno, y conjura los cascotes prominentes, y obedece asintiendo en el declive, y avanza por el cauce polvoriento, invulnerable. “Todo el día rodeado de morochas, y claro. Les digo las morochas, son una negras catungas y teñidas. Pero bueno, las morochas. Y Tasso todo el día. Todo el día capitán, imaginate.” Imaginarse todo el día capitán y a la morocha conurbano uniformada: catungas y teñidas. “¿Sabés qué pasa?”, me dice la abogada. La abogada va a explicarme lo que pasa. “El tipo es siempre tipo.” Lo dice la abogada: la sustancia que perdura no interesa. La cabina

espacial hacia el asfalto que emancipa tras el cauce polvoriento.

"Después, nos damos una vuelta. Les ofrecemos algo: seguro agarran viaje. Son unos negros muy mal asesorados. Me lo dijo Marinara, el que te trajo." Le pregunto, prudente, por los labios: es el momento de saber. "Totocho es el negrito", la abogada. Morocho por el vidrio deformado. "Es bueno pero toma." Registrar que los labios saben cosas que después van diciendo a la abogada, que la orientan con criterio conurbano. "Marinara, en cambio, es abogado. Yo le digo: ¿qué hacés entre estos negros?" La connivencia de los plazos que se explica: los labios también son abogados. "Es del grupo especial, un desalojo. En Moreno, hubo problemas. En castigo lo asignaron a La Reja." La Reja es el castigo que se asigna. "Lo ponen a dar vueltas con Totocho, con las morochas, con cualquiera de los otros. Nos damos una vuelta, te decía, agarran viaje, y queda todo arreglado antes de tiempo." Arreglar antes de tiempo: del tiempo de arreglar. "¿Tenías muebles?", pregunta la abogada. Un modo de pensar La Reja: como el depósito del mueble conurbano, del familiar borroso e inmigrante, que cedía el mobiliario si moría. Eran grandes y dispares esos muebles heredados. Y con olor a nuez, en algún caso. "Hacé una lista con todo lo que había." Es imposible, hay que decirle. "El termotanque y la bomba, en todo caso. Pero poné también las otras cosas. Poné de más, las cosas que no había. Poné las camas, la mesa, las cortinas."

La Reja como una serie de vicisitudes, de trances accidentales, de caídas de la bicicleta, desde un techo, a la pileta vacía de cabeza —el eco del golpe no se apagó todavía en el recuerdo—, de mordeduras anómalas de perro, de cortes agudos imprevistos. La Reja como una galería del infante accidentado, del contuso, del mordido, el desdentado, el aturdido, del accidente oscuramente necesario. Como eso que se entiende en los museos: una contingencia inapelable a largo plazo. La Reja como una educación sentimental por la agresión fortuita de los elementos. Y otra, complementaria, por la ausencia. Es decir, por la presencia aplazada una semana. Por los detalles fríos, destemplados, que recuerdan la última estadía. La ilusión de la última estadía, que ahora se calibra cabalmente. Recién ahora, a cinco días tenues de distancia. La agonía del último domingo, que no habrá que repetir mañana. La presencia aplazada una semana como un propósito de enmienda al entusiasmo. La vida es lo que pasa en las ciudades. Esto es más grave, aquí se embosca la tragedia. La vida es lo que pasa en días tenues, con pocas ilusiones emboscadas.

La primera vez habrán recorrido la casa pensando que ahora era suya, esa proyección abstracta de estados de ánimo futuros que es la propiedad al principio. Me habrán visto jugar. Y al recorrer el parque Rolo habrá pensado que tenía que cortar los árboles frutales, que después cortó. Que había que abrir el terreno a las posibilidades inmateriales, a las canchas de tenis del futuro, que entonces ignoraba cabalmente. Una realidad indefinida, suspendida, que va abriéndose terreno, que va preparándose a través de la tala inopinada de árboles frutales en todos los jardines, o en los que acatan el signo de los tiempos, porque siempre hay obstinados. Había que cortar los árboles frutales. ¿De dónde me viene la convicción de saber mejor que Rolo —mi padre— qué eran los árboles frutales? Eran cosa de inmigrantes desleídos. Una persistencia oscura de la savia. Un arranque peninsular equivocado, prosperando en fondos tristes. Mandarinas y uva chinche. Los limones. Si una vida alcanzara para eso, al cabo se habrían dado cuenta del arranque equivocado en otras tierras. Pero no, la imprecisa inmigración murió en las casas, en las horribles camas armatostes, y en el fondo de paredes medianeras prosperaba la parra arrinconada.

Rolo taló los árboles frutales, y eso configuró para mí el pasado boscoso de La Reja. Caminar a la sombra tupida de los árboles bajos, un bosque a mano, apenas se salía de la casa: lo que las cosas

hubieran podido ser. Los árboles que fueron tolerados tenían su importancia. Un ciruelo blanco junto a una canilla eterna. Un sauce retorcido, al lado del portón. Un níspero en horqueta desde abajo. Dos paraísos enormes que sostenían una hamaca, roja, de madera. Las largas cadenas plomizas en las manos, hamacándome una tarde solitaria. Un verano progresivo que extendía la estadía a los días de semana. Mamá adentro de la casa, allá lejos, el parque despejado de por medio —una ventaja de la tala inopinada, allanar la vista indefinida—, oculta detrás de la ventana por el mosquitero gris y la distancia. Sabiéndola en tareas vagamente de la siesta: lavar los platos después de la comida. Habríamos comido los dos solos. ¿Y mi hermano? Hamacándome, en la beatitud solitaria de la siesta. Un perro mirándome de frente, como esos perros de yeso blanco y esmaltado, sentados para siempre en cualquier parte. Un perro hipnotizado, que me mira, siguiendo el vaivén de aquella hamaca, la cabeza triangular que va asintiendo, obligada, a todo lo que ocurre: un niño solo, en malla, que se hamaca. Un pantalón corto y amarillo, heredado de unos primos mayores, recibido con la impresión de que las cosas cambiaban, que el pantalón amarillo era de grandes, que no estaría a la altura por ser niño. Hamacándose el niño frente al perro asintiendo anormalmente a lo que pasa. El perro hipnotizado por la hamaca, el vaivén amarillo, el niño en cuero y descalzo, el pantalón holgado de los grandes. Vagamente mamá en la cocina. El instante anterior en que se anuncian las cosas que ocurren detenidas. El perro decidiendo que ya basta de asentir a esa realidad que se le impone. Saltando en un instante hasta el niño, encontrándose ambos en el aire, hundiendo la cabeza triangular entre las piernas, del niño, sin tiempo de asustarse. Un instante después, parado sobre el césped, de espaldas a la hamaca: el vaivén, ya condenado, que se aquieta por cadenas retorcidas. Parado sobre el césped. Las manchas rojas, el pantalón amarillo, el perfecto contraste. Mamá cruzando el parque fuera del tiempo. Mirando las manchas rojas, asustada. Después, la moto del vecino. Subidos los tres juntos, apretados. Un viaje improvisado hasta el pueblo, la cuadra señalada de La Reja. Un médico de guardia en cualquier sala, la matizada voz de la experiencia: “Es el tejido más resistente del cuerpo, señora”. Lo que las cosas hubieran podido ser.

Lo que hay que hacer, lo hacemos: la comisaría cuadrada de La Reja, una línea profunda y meridiana. Dos morochas detrás del mostrador, del tugurio, de la trata: una es rubia, los ojos claros como un mar apócrifo y perfecto. La abogada les explica lo que pasa. “Hay que esperar”, le dice la morocha. “No se encuentra el capitán.” El capitán Tasso a veces no se encuentra, lo saben las morochas conurbanas. Hay que esperar, afuera, en el cantero. La abogada me dice: “Nos sentamos”. El calor viene de lejos, por momentos. De la calzada irregular: Rubén Darío. Procede desde el dique insospechado que se encuentra al fondo del camino. Un camino de tierra polvoriento, una isla insólita en el medio. ¿Y qué dirán en el curso para infieles? “No lo sé”, me dice la abogada. Que el capitán a veces no se encuentra, que a veces lo poseen los demonios de una terrible morocha conurbano. “Puede invocar”, me dice la abogada, “que no dirigía sus acciones”. Que en el momento no era él, no se encontraba: ese modo intermitente de encontrarse en algunos momentos conurbanos. “¿Sabés qué pasa?”, me dice la abogada. “El tipo es siempre tipo.” Como eso que se entiende en los museos: la contingencia necesaria a largo plazo. “O en la novela”, me dice la abogada. ¿En qué novela?, quisiera preguntarle. Baja la voz, me mira, la abogada: “Eran novios, se estaban por casar”. Espera, asiente, se prepara. “Estaban muy enamorados.” El largo de la u lo certifica. “El día de la boda, la gran despedida de soltero. Él, borracho, con todos los amigos.” Qué hermosa la amistad, quiero decirle. “Viene la hermana de ella, Alicia. Entonces agarra y se pinta toda y se lo viola.” La carga elemental de las palabras. “Se lo viola entero, técnicamente.” La imposible precisión de las palabras. “Entonces, al otro día él se despierta, y es como que vuelve, retoma conciencia de lo que había ocurrido. No lo podía creer. ¿Qué hace con la tipa desnuda, ahí al lado, él? La echa. Él no tenía nada que ver con todo lo que había pasado. Había sido otro. Él no había sido. Le aplicó la teoría del *actio libera in causa*, se llama ésa.” La abogada alegando en el relato, asesora a los clientes de novela. Una pausa perentoria y ya recita: “Como que desconoce por su estado de inconsciencia todos aquellos actos sobre los que él no pudo tener voluntad”. Lo explica la abogada. “Entonces viene todo ese festejo, todo hermoso, todo en una playa, espectacular, todo con velas, con esa muselina que va volando al viento, de película. Pero un rato antes del casamiento, entra la novia

en un lugar donde se estaba arreglando, y ella agarra y se lo vuelve a agarrar a él y se lo besa. Y ella ve todo, y no se casan nada. Ella sale corriendo por la playa, desnuda." "¿Por qué desnuda?", le digo a la abogada. "En portaligas, porque es como que se arranca el vestido y sale. ¡Qué risa!" Se ríe la abogada, es tierna y suave, la risa cantarina irremediable. "En ésas viene un tío puto", me dice la abogada. La carga elemental de las palabras.

Pero calla, inopinada. La morocha que sale desde dentro, apócrifa y perfecta: que Tasso nos espera en el despacho. En el despacho frío de La Reja, y Tasso capitán y bien plantado, detrás del escritorio que es muy triste, para decirnos que él hará lo que el juzgado, letrado, de Moreno, tenga a bien ordenarle, y esas cosas. Pero si hay chicos en la casa, dice Tasso, atajándose y por fuera del programa, que las cosas se complican. Que los derechos humanos te incineran. No es cuestión de tocar a una criatura. Y Tasso bien plantado que se para, acaso dos minutos la entrevista. "Entonces vamos", me dice la abogada. "Muchas gracias, capitán", y esas cosas.

"Entonces ella se hace pasar por muerta", la abogada, de nuevo en la cabina, al juzgado letrado de Moreno. "Entonces ella se refugia en la casa del tío puto, pero estaba embarazada. Ya había tenido relaciones con él. Pero ¿podés creer que la hermana que fue y se lo violó, se lo engancha y se lo casa?" ¿Y la teoría del *actio libera in causa*?, quisiera preguntarle. "No, no", me dice la abogada, "no se la aplicó nada, porque como ella se hizo pasar por muerta, la otra aprovechó". "¿Cuándo se hizo pasar por muerta?", le digo a la abogada. "Se hizo pasar por muerta cuando se fue corriendo por la playa desnuda. Bueno, muere. Tiene el chico. Tiene como ocho años el chico ahora. Él anda con otra mina más." ¿Se casó con la hermana? "Se casó con la hermana y a la vez tiene un chico con otra. Y ella ahora, actualmente, se conoce con un cirujano plástico. El cirujano plástico es un tipo que labura. Un auto, un estudio, tiene. Una cosa de locos. Una mansión. Y vive con la madre *hippie*." ¿La madre del cirujano plástico es *hippie*? "Sí, la madre es *hippie*. Y tiene un mayordomo. Bueno, actualmente ella está muerta para el primer marido, y tiene un hijo, que se lo esconde. Pero a la vez el hijo de ella se encuentra con el otro hijo que tuvo con el *affair*, ese que tuvo él." ¿Se separó de la hermana de ella? "No, vive con la hermana, pero tuvo un hijo extramatrimonial." Tuvo un hijo con un *affair*, pero con la hermana, ¿no tuvo hijos? "No." ¿Y los dos chicos se encuentran? "Se encuentran y juegan al *futból* juntos. Son medio hermanos. Los dos son hijos de él. Porque uno es hijo de la que se estaba por casar, y otro es hijo del *affair*. Y ellas son amigas. Ellas dos, una que es la ex mujer, o la viuda, no, la muerta. La muerta y el *affair* son amigas. Y los hijos son amigos, también. Juegan *futból*. Y uno de los instructores del *futból*

es el tipo este que es el padre, Patricio, y el cirujano plástico, que se llama Santiago." ¿Son instructores de *futból*? "Sí, y a la vez que instruyen *futból*, no sé qué hacen. Bueno, y se están peleando, por el cirujano plástico este, la Cami, que es la muerta, y una toda de rulos, que se llama Marie. En esta instancia está la novela: él está por descubrir que el hijo que tiene con la muerta es el hijo de él, y que la muerta no está muerta." Y el cirujano plástico tendrá que operar a alguien, para justificar su presencia. "El cirujano plástico es un banana, es un tipo mujeriego, y la está por operar a Alicia." La primera mujer. "No, no es la primera mujer, es la mujer de Patricio. Que es la violadora." La violadora. "Claro, ahí está." "Y según vos", le digo a la abogada, "el tipo aceptó estar con la hermana porque el tipo es tipo". "El tipo es siempre tipo, como Tasso. Y en el momento en que está privado de la conciencia no comprendía la criminalidad del acto ni dirigía sus acciones. ¿Por qué? Por causa del alcohol. Es decir que estaríamos aplicándole la *actio libera in causa*, y considerando que él no se puso en estado de inconsciencia con dolo, sino que simplemente alcanzó ese estado de inconsciencia por el alcohol que tomó." Confidencial, se vuelve la abogada. Entramos al juzgado, letrado, de Moreno. Confidencial, me dice: "Él cometió un delito. Ya estaba casado. Un delito civil, cometió: el adulterio. Uno de los causales del doscientos dos. Pero mucho más grave es lo de ella, que se hace pasar por muerta y priva del hijo al padre. Así que a ella le gano el juicio de la tenencia, el divorcio, le gano todo". Se ríe la abogada: es tierna y suave.

El juez Rodrigosi, del juzgado letrado de Moreno, que las cosas deben ser resueltas con premura, que la casa había sido abandonada. Es ligero, Rodrigosi. Es somero, general. No sabe de qué habla, pero dice: arriesga y se aproxima tentativo. Le digo que antes la alquilaba un policía, que no había sido abandonada. Y él, que hay que redactar muy bien esos contratos, que no pueden ser someros: como el juez Rodrigosi cuando habla. Que hay que ver si no hay chicos en la casa, que los derechos humanos te incineran. Y los labios que son siempre confirmados. Que es mejor negociar con esa gente, aunque él dará los pasos necesarios, y los bienes, a los dueños legítimos confiados. "Hay que volver", me dice la abogada. "Mañana presentamos el escrito. Muy amable, señoría", y esas cosas. Volver a la Suiza conurbana. Y entender en el camino la perfecta soledad que me define, porque a Rolo, a la abogada, a Rodrigosi, al capitán Tasso, a Totocho, a Marinara —esos labios—, no les puede importar que esté ocupada. O mejor, son las piezas necesarias, los visibles engranajes del secreto mecanismo del ocupa. La relación causal los determina, y por eso hay que volver por otros medios, sustraerse a la influencia del conjunto. Que confiar en la abogada es afianzar a la negrada que la ocupa. Y decidir quedarse ahí en La Reja, a dormir en cualquier parte. Pero ¿dónde? ¿En un albergue transitorio de la ruta? Llegar a pie, o acaso en colectivo, franquear la entrada del garaje con las cortinas, las luces verdes, y rojas, y amarillas, entre plantas en macetas escondidas, entre potus obstinados laterales con las marcas blancas espantosas, la evolución natural pensando en todo, hasta las manchas bravas de las plantas del albergue, y activar con las piernas las alarmas, interiores, que ya avisan del escándalo sin auto, y sin pareja, tipo raro, que se acerca al mostrador lustroso de madera y pide habitación por una noche, para uno, porque quiere dormir algunas horas, y que el recepcionista lo amenace, o le diga que está todo ocupado, que esas cosas raras con nosotros, que no se puede dormir solo en esta casa. ¿Y pedirle a la abogada que me albergue? No, entretener la noche hasta mañana. Comer bien tarde en la parrilla provisoria de La Reja y apurar la madrugada hacia la casa, caminando lentamente por las calles y sentarse en la esquina solitaria, de Moreno y de Madero, protegido por guaridas vegetales, a fumar un cigarrillo con la noche, y a esperar que, amaneciendo, salga alguien, pase algo, cambie todo.

Y así amanecer a la intemperie, en la esquina de Moreno y de Madero, la zanja con el pasto mal cortado. Sentado tras las cañas desmadradas, que quieren avanzar sobre la calle. Sentado, con las manos apretadas, velando aquella casa. Ver que amanece, querer dormir, la noche que se acaba. Rondar la casa. Las dos nenas que salen, y seguirlas. Seguirlas a distancia, por Madero, hacia el asfalto. Los pasos lentos trituran indolentes el cauce polvoriento de Madero, de tierra y de cascotes, sin la dignidad mineral de toda piedra. Encontrar al Negro, en bicicleta, en el camino. Abandonar a las nenas que se alejan. Un modo de reírse, el Negro, un color de piel, una bicicleta imposible. De niño, de hace treinta años. El Negro me pregunta por la casa. No quiere preguntarme qué hago tan temprano por Madero. Lo hará después. Le explico lo que pasa, aunque lo sabe. Un modo de pararse a conversar forjado por el tiempo y por La Reja. La curva blanda y amplia de la espalda extendiendo su arco hasta el manubrio. El antebrazo hendido que transmite el peso de la espalda abovedada. El Negro conversando en bicicleta, detenido en medio de la calle: un sistema de pesos y medidas, curvas amplias, de arcos descansando en puntos fijos. El peso transmitido al cauce seco de Madero, de tierra y de cascotes, sin la dignidad mineral de algunos ríos: de los ríos transparentes entre piedras. El Negro sabe todo lo que pasa. El Negro vino al mundo a cortar pasto. El leve pasto que pronto se acumula, y pesa, y tensa el arco del rastrillo. El pasto, y el ligustro, fue el mandato, al principio hebdomadario de los tiempos. Y el agregado a último momento, la ligustrina feraz suplementaria, ese mandato anónimo y perenne de muros vegetales bien cortados, arruinó una vida encaminada a cortar el pasto honrado de las quintas. El Negro subido a una escalera, sosteniendo la tijera en ese plano imposible y paralelo al segmentado mar de los ligustros. Un sistema de pesos y medidas que no transmite bien todo el esfuerzo, que se acumula debajo de los hombros, en unos músculos tirantes que no existen si no es ante el ligustro desparejo, ante el mandato de muros vegetales. A esa vida la arruinó la ligustrina, piensa el Negro, a veces, sin saberlo. Pero otra cosa que piensa, sin saberlo, es que esa vida también fue compensada. Quien persevera ante el ligustro abigarrado, los martes, los jueves, los sábados feriados, todos los días de sol en el verano, y va moviendo la escalera algunos metros, y vuelve a subir y mueve los dos brazos, y logra el ritmo metálico del corte, que encanta

a los que están del otro lado, del lado del ligustro sin mandatos, tomando sol, de a ratos conversando, si uno persevera en esa vida, al cabo sabe todo lo que pasa: la síncopa afilada, viboreando, encanta a los que hablan indolentes.

El Negro sabe todo lo que pasa. El Negro finge compasión por cada cosa. Por la casa tomada y la abogada y las varias diligencias necesarias. "¿Y Rolo cómo anda?", dice el Negro interesado. Cambia el tono, que se anima, inopinado. Lo que antes fingía ahora es genuino. Espera sonriendo a que responda. Le digo lo que dice en esos casos el que no tiene qué decir: que está bien, Rolo, que ahí anda. El Negro pregunta alguna cosa: si vive todavía en el centro. El Negro es conjetura que pregunta, y así su situación se determina: el Negro pregunta lo que alguien le dijo alguna vez en el camino. Vio venir al otro en bicicleta, y ambos decidieron que paraban —con esa inclinación de haber llegado— y en medio del camino de cascotes, a la sombra de un ligustro desmadrado, se dijeron de una a otra bicicleta detenida, que Rolo vive ahora en el centro, parece que a dos cuadras, o tres, del Obelisco. El Negro recuerda el dato y lo confirma, ahora, algunos años después de haberlo oído. Un sistema indolente que transfiere la información a la sombra del ligustro, en encuentros fortuitos detenidos, al ir al almacén o hasta la esquina. La red más contingente de las redes. ¿De dónde me viene esta certeza de no saber qué son dos cuadras, o tres, del Obelisco? Es cosa de inmigrantes desleídos mezclados con la nada de los indios. ¿Qué le dice al Negro el informante cuando decide nombrar el Obelisco? ¿Qué confirma el Negro al escucharlo? ¿Qué descansa cuando Rolo está fijado en un punto cercano al Obelisco?

"Qué bravo es este Rolo", dice el Negro. Lo dice y se ríe y disimula el golpe blando, oscuro y claro, del recuerdo. Que siempre es uno. De todos esos cuerpos que habrá visto, en el quincho, en la casa, en la pileta, de todos esos cuerpos manifiesto —que crezca el pasto, que crezcan los ligustros: abandonarlo todo por un cuerpo—, de todos los fantasmas y del mundo que recorren cuando agitan ilusiones, vuelve siempre la misma perspectiva del cuerpo incontenible y angustiante, del elástico contorno hacia el abismo, cabalgando los montes y quebradas —suelten rienda, carajo, que se marca—, de la presión en las manos que se cierran y quisieran romper todo y liberarlo, del sistema tortuoso de ese cuerpo con correas tensadas al abismo, y de la tela blanca que convierte los pezones en círculos velados. El Negro, que quisiera desgarrarlos, los examina girando en el recuerdo, los va mirando en el recuerdo mientras gira en torno al cuerpo, un poco desde abajo, desde el piso mojado de ladrillos barridos por él mismo. Un recuerdo anterior, complementario: el Negro barriendo los ladrillos, limpiando la parrilla y preparando la escena del quincho y

de la casa. El Negro echando cloro en la pileta. La escena preparada, y cuando llegan, y se van, cansados a sus casas, cae el Negro en la cuenta del recuerdo, del instante que ha quedado detenido, del recuerdo de ese cuerpo desde abajo, la cintura quebrada sobre el borde de la mesa fragmentaria de azulejos. “De los tres era el más bravo”, dice el Negro, y es la síntesis del único recuerdo que quiere apagar todos los otros, con su luz de malla blanca contra el cuerpo, y del cuerpo en la mesa de azulejos, concreta, horrible, congruente, fragmentaria.

Quería que dejaran preparado. Lo dice el Negro a veinte años de distancia. Todo perfecto el día en que cumplía. “Ahora ya sos grande”, dice el Negro. Que Rolo se escapaba al mediodía y traía la carne y las bebidas. Calibrar la verdad que va cifrada en la importancia de ese dato a la distancia. ¿A Rolo le importaba cumplir años, le importaba festejarlo en su medida? Le importaba ocultar entre nosotros los nombres de mujeres, los besos, las orgías. Las bacanales criollas, conurbanas. Pero más ha ocultado la importancia que atribuía a los años que pasaban, y al festejo en forma de ese día. Porque nunca supimos que importara. Cuando la vida de Rolo era un festejo, y manejaba un cuarteto de cantantes, con piernas grandes embutidas en las medias que querían parecer como de carne, brillando lisas, tristes y ovaladas, le importaba festejar su cumpleaños: la anomalía un día se presenta, y descalabra el orden de los tiempos. En el confín del imperio, los romanos, habrán visto signos así, de descalabro. Las legiones trajinando las calzadas que un tiempo antes construyeron los romanos. Las calzadas que hasta allí imaginaron, y que ahora transitan minuciosas. Una piedra emplazada entre las otras, o la curva inexplicable del camino, una palabra advertida en el discurso anterior a todas las batallas, algo en las plantas, en el aire emboscado de las voces que recelan sigilosas las legiones, un solo signo atisbado entre los otros que perfila la inconstancia del prodigio: Roma es distinta, el signo lo declara. Roma se aleja cambiando de sentido. Roma diverge y ya no nos ampara.

Rondar la casa, saber qué pasa aunque no entre. Atisbar cómo volver, mientras va girando lento el engranaje de los escritos exigentes, de los juzgados letrados de Moreno, de las contravenciones, y engorda y envejece la abogada, e incurre en adulterio el comisario, y opina tentativo el juez de paz, y acaso se castigan policías, y se tiñen las morochas de uniforme, y la gente irregular espera detenida en el cantero apilado de la puerta, y salen las dos nenas bien temprano, para ir al almacén o hasta la esquina. Y aparece un auto blanco requintado sobre la zanja con el pasto mal cortado: el suizo que se baja y me hace señas. "Vení", me dice el suizo con la mano, a la altura de la sien, un gesto ambiguo, perentorio y reservado, que podría presagiar una esperanza, a veinte metros de distancia. Y en cuanto llego junto al auto el suizo me acomoda, con la mano pesada sobre el hombro, me instala en el punto que domina el requerido panorama revelado, me señala el poste alto de la calle, de madera curada ennegrecida, me muestra el cable retorcido que desciende hasta el pilar inmemorial: están colgados. "Tenés que denunciarlos", dice el suizo. "Que les corten la luz, hijos de puta." El acento duro del jerarca que remeda la actuación del que está actuando. Le explico que se cuelgan otra vez y no me entiende, o finge no entender: es un recurso que quisiera instigar un derrotero. "Y otra vez denunciarlos", dice el suizo, con la terca entonación del que se opone a unas realidades consensuadas que podrían alterarse en la denuncia. Después me dice que él no sabe, y es un modo de salirse del camino, que la mina toma sol desnuda en la pileta, que hay muchos hombres que aparecen a la noche, que es una joda eso, y que él no sabe. Pero ¿cuándo?, le retruco apenas retobado, si anoche estuve parado en esta esquina. "¿En la esquina?", dice el suizo. "¿Y no los viste?" No vi a nadie. El suizo que me mira, el torso blanco, transpirado, y unas grandes tetas suizas satisfechas que me apuntan, que me miran también, distorsionadas, y la sonrisa invertida de la panza, sosteniendo las dos mamas puntiagudas de estrabismo, que rematan en pezones contundentes, dos cucardas orgullosas bien plantadas, otros dos ojos rugosos y rosados, anómalos de carne, que refutan a Sartre desde el pecho: imposible sostenerles la mirada. "Andá a casa", dice el suizo, "que están Lena y Sabrina, yo ya vuelvo".

Sabrina y Lena en el recuerdo, mientras doblo por la calle imposible, entre yuyales, perdiéndose en la nada hacia los bajos,

después de Monsegur, los caballos transversales que galopan al pasado. Sabrina pecosa, grande, acogedora, unas tetas formidables y redondas, una herencia de familia sublimada, unas ganas de acostarse sobre el pecho, o acaso sostener esa mirada, y confirmar a Sartre y mirar fijo, y ser esos dos seres en sí, y aniquilar toda distancia, ser las tetas de Sabrina acogedoras. Y Lena más difícil y más gorda, pero acaso consintiendo que las tetas de su hermana se desbanden, comparezcan de una vez a la intemperie, y se muestren a conciencias afanosas de no ser más para sí: ser esas tetas. Perder la libertad por esas tetas, y que Lena lo permita y lo disfrute, y que el mundo sea contingencia acomodada. Felicidad y dos hermanas, que ahora habrán cambiado, eso es seguro, aunque no tanto, al verlas que se asoman, apenas, desde lejos, cuando tiro del cordel de la campana. Porque todo será así en lo del suizo: con cordeles, y bisagras, y cortinas, y puertas de vaivén, y mosquiteros, y lonas verdes y entoldados y carritos con bebidas y con hielo en cocteleras. Lo que cambia es lo que entiendo, a la distancia de los años que pasaron.

Y viene hasta el portón un hombre alto, con gorra y nariz grande con bigotes, un criollo que trabaja en esa casa, en la que siempre habrá que hacer alguna cosa: pintar los canteros primorosos, limpiar la pileta limpia todo el año, bordear los caminos de las lajas, engrasar las bisagras cantarinas. El criollo respetuoso de esas mañas, que no entiende cabalmente pero acata. Un criollo que trabaja para un suizo, que trabaja en la Suiza conurbana, y se lleva a su casa lo que sobra, lo que alguna vez vino en valijas, lo que ha sido descartado por el uso, aunque todavía esté impecable, hay que admitirlo: un acolchado grande dobleguata, una cortina transparente para baño, un tapiz que amanece en las montañas. El criollo abre el portón con una mano, y apacigua con la otra y con las piernas a unos perros feroces y de raza capaces de comerse a los criollos que se acerquen a la Suiza conurbana. Les dice que tranquilos, que se calmen, canes negros cerberos vendepatria, malos perros cipayos despreciables.

Y todo sigue igual en esa casa, y cambia sólo lo que entiendo a la distancia. Porque Lena y Sabrina me reciben, y alegres me ametrallan a preguntas, y pasan partes de gente que he olvidado, y me dicen que también tuvieron hijos, los que corren por la quinta enloquecidos, y yo entiendo de un modo metafórico, y no tanto, porque habría que medir las horas que pasaron, que nunca abandonaron esa casa: que salieron muchas veces hasta el pueblo, desde luego, y estuvieron afuera algunos días, cuando debieron quedar embarazadas, que empezaron unos cursos que dejaron, y que van hasta la playa en el verano, pero nunca abandonaron formalmente esa Suiza exigua y conurbana. Que han vivido bajo el suizo tantos años que ya son satelitales y remotas, y muy blancas, porque pasan poco tiempo a la

intemperie, y de una calidez que participa de la monstruosidad de lo que crece oculto a la vista de los otros, capaz de algún desvío insospechado.

Que la casa está igual, eso se sabe. Los interiores alemanes ya no cambian si por agregación de objetos misceláneos han alcanzando un estado estacionario, disponiendo recuerdos de madera, entre genuinos y falsos, en estantes con las vetas a la vista, los nudos planos y cada nebulosa contrastada con barniz, y vasos grandes de cerveza para el polvo, y sillones de mimbre pero blancos, porque han sido pintados con esmero, cuando fueron traídos desde el parque. Y si en La Reja estallara algún conflicto que enfrentara a las facciones conurbanas, a unos negros con otros pero todos igualmente incomprensibles, Sabrina y Lena, encerradas en la casa, tendrían qué comer durante meses, un avatar menor en esa historia de la raza que se expande y que conquista: abrirían los paquetes importados que han guardado en alacenas de madera y comerían bretzels primorosos con granitos de sal que se incrustaron en la piel lisa de esos nudos de acertijo. Y al abrir esos paquetes, y el estruendo de las bombas conurbanas, de los gritos destemplados desde afuera, Lena sabría traducir para su hermana, que saborear un bretzel supone un arte de vivir que induce a obtener de cada cosa, aun la más humilde, satisfacción, alegría y delectación. Y todo en alemán. Y todo a la vez participando de la abstracción ingenua que está al margen de las cosas conurbanas que suceden, que no logra dar cuenta de eso que está ahí, que pasa caminando por la calle, imposible, entre yuyales, que vive en un barrio en la hondonada, a tres tiros de piedra, o de cascote, una epistemología testaruda, que no sabe aprender de sus errores, que no es vocación de aproximarse a lo otro inasible desde el vamos, sino confirmación y hacer la plancha, y no pasar nunca a otra cosa conurbana. “Ahí viene papi”, Sabrina, y se levanta, y es enorme y pecosa en todo el cuerpo. Grita, Sabrina, que Mingo le abra a papi, y pasa Mingo, el criollo, y los perros vendepatria, los cerberos cipayos que no ayudan, —¿hay más conservador que un perro conurbano?—, a través del ventanal, recorren en tropel la galería, y le abren el portón reverencial al auto blanco del suizo conurbano, del cerbero de Lena y de Sabrina, con las tetas puntiagudas transpiradas, esas tetas de la loba y los gemelos, pero hendiendo realidad hacia delante.

“¿Sabés dónde durmió?”, pregunta el suizo. Y Sabrina y Lena se preparan para saber dónde dormí. “Acá en la esquina.” Y Sabrina y Lena sorprendidas, aunque no tanto, porque ya pocas cosas las sorprenden: el que vive voluntariamente confinado al cabo acepta todo lo que pasa, porque en su suspicacia abarcativa se ve confirmado a cada paso, porque el mundo no regula sus creencias, no se ajusta a lo concreto que rechaza, porque no tiene aspiración de autonomía,

está inhibido de hacer, y equivocarse, y persiste en la errónea suspicacia, que por la realidad no admite cura. La sorpresa es del que anda por las calles, y vuelve a casa, de tarde, está cansado, y ha visto callado algunas cosas, y comenta con los otros la sorpresa. En el encierro el asombro participa de la monstruosidad de negarlo a cada paso. "¿En la esquina?", dice Lena, y acaso se sorprende, o se admira del coraje de quien duerme a la intemperie velando los recuerdos ocupados. Porque al cabo una acción que se ejecuta, hay que saberlo, conmueve a alguien, algún día, de algún modo, y el relato es la ronda de la oferta de la acción ejecutada a lo sensible.

El suizo pone en situación lo que ha ocurrido: es el dueño del compendio tendencioso que establece derroteros de la acción ante las chicas. Repite que él no sabe, pero toma sol desnuda en la pileta. Sabrina y Lena escuchan sustraídas: ajustan sus creencias al relato. Que de noche vienen tipos a la quinta, que habrá que ver cómo se saca a aquella gente, contratar quizás unos matones, y que están entongados con la cana, y que en este país lo que hace falta es lo que hacían en Europa en la Edad Media, cortar varias cabezas en las plazas, y que el día que le corten la cabeza al intendente, digamos, a algún otro hijo de puta —es somero de repente, es lamentable: en el momento preciso de elegir a quién matar, y así salvarnos—, las cosas se acomodan para siempre, y se acabó la historia del afano. Mientras tanto, nada cambia. Y que no puede ser que la abandone. Que hay que venderla, si no, con gente adentro, y Lena que quién compra lo ocupado. "Mirá", me dice el suizo. "La otra es hacer lo que ya hiciste: estar atento y ver si se distraen. Quedarte cerca y ver si salen juntos, y entonces meterse con un coso, y tirar algunos tiros desde adentro." Es dialéctico el suizo, una sospecha: al final, propone hacer lo que se hace. "Pero no podés dormir ahí en la esquina."

El suizo, que el criollo vive en casa grande. De dos pisos, atrás de la canchita. Que viene muy temprano hacia este lado. Que a las siete ya está acá, cortando el pasto. Que me vengo con él, y los vigilo. Y le pregunta a Mingo, el criollo narigudo, que no habla y dice *sí*, un *sí* agudo, que quiere aventar todo arrebato de una voluntad acaso veleidosa que podría exigirle que lo piense, y por eso dice *sí*, un *sí* agudo que se apaga suspendido en las alturas, que no hay problema, pero sin entusiasmo y sin saliva, con la austeridad del que trabaja por los campos, o del que corta conurbano el pasto y el ligustro, y con las ganas de sustraerse ahora al parque, a la pileta, a pasar el barrefondo y olvidarse, o tal vez a rumiar lo que se ha dicho, lo que el suizo decidió junto a las chicas: que el tipo que está ahí vaya a su casa, y lo vea su mujer, y se acomode, en la pieza de arriba, sin revoque, donde dormía el sobrino Rafael cuando iba a trabajar, y temprano vengan juntos, porque están metidos unos en la quinta de ese tipo que les

dicen los ocupas.

Cuando salimos de la Suiza conurbana, el cielo es todo azul, y es intenso, y es oscuro. La intensa oscuridad que va brillando desde atrás del horizonte azul, en la llanura. Aunque no veamos aquí la última línea, porque baja el terreno a la hondonada, porque hay cercos que interrumpen parcelados la visión de intensidad, que es hacia abajo, hacia el barrio pobre de casitas espantosas, de lo que permanece horrible y nunca cambia, la contingencia necesaria de lo feo que lo pobre ha sabido establecer en todos lados. Hacia allá vive Mingo, detrás de la canchita, de la claudicación perimetral con poco pasto, de la vida organizada en torno a un campeonato, borroso, irregular y conurbano, con instancias comentadas y anodinas, y participación de padres pobres y someros.

Tomamos Monsegur, hacia la izquierda. Pasamos junto a casas deslucidas, las últimas, ya de frente a la negrada. El almacén de Galíndez habrá sido reemplazado por las casas que ahora vemos. Galíndez era un gaucho desclasado, un gaucho que había puesto un almacén, ya resignado. Un gaucho en el exilio de los campos. Un gaucho conurbano, de los que se acumulan en los márgenes, traídos por el mar de los yuyales a la ribera que limita la hondonada. Porque aquí, es bueno que se entienda, que se entienda de una vez y acaso se visite, comienza la meseta en que vivimos los que sabemos concreto el Obelisco y la mediocridad del monumento, los que tendemos a ver lo que no existe, y sufrimos por la incuria insidiosa que deberá ser extinguida de la tierra. Cruzando Monsegur, calzada ancha, calzada de cuadreras y sortija, poniendo un solo pie en la meseta, el caminante se sentirá en la zona de influencia de la generación del treinta y siete, que hasta aquí llegó, hasta La Reja, aunque haya que admitir que no habrá nunca caminantes que remonten desde el barrio de Mingo en la hondonada el asfalto secreto de Moreno hacia la altura de las quintas parceladas. Caminantes no habrá nunca, si el caminante es una contingencia de los pasos que pueden conducir a cualquier parte dentro de límites por todos entendidos. Porque nadie remonta Moreno, nadie desciende, si no vive en el barrio de Mingo en la hondonada, si no va a trabajar a alguna quinta, si no limpia las casas de los otros. Son los negros los que cruzan Monsegur, que quede claro. Que también puede decirse de este modo: los que cruzan Monsegur son unos negros, es el cruce el que define a la negrada, es la necesidad del cruce la que marca. Es cuestión de definir con precisiones: un

cruce, una calle, una hondonada, una necesidad concreta y hacia arriba, la negrada.

No venimos nunca a este barrio, no bajamos jamás a la hondonada. Tener una quinta en La Reja es justamente eso: no venir al barrio de Mingo en la hondonada, poder evitarlo, y sospechar, a veces, cuánto crece, y temer que se desborde y se deslice, y que acceda a la meseta la negrada, y parcele cada quinta parcelada, y divida cada casa, y construya en todas partes esas formas inconclusas de lo fiero, precisa arquitectura contingente que expresa lo que está determinado. Veníamos los chicos hasta el borde, eso es cierto, a ver a Galíndez varado en la ribera, y la hondonada era el mar de los yuyales, y el náufrago Galíndez había improvisado un almacén de los que había visto cuando niño, en el pasado anterior a los naufragios, y vendía caramelos muy antiguos, que se habrían salvado del desastre, y se llamaban misky, cosa rara. La ventaja del naufragio es que permite adaptar las profesiones del pasado, dentro de límites por todos entendidos. Ahora bajo, con Mingo, el criollo narigudo, hacia el barrio espantoso en el que vive. ¿Seré el primero de los míos en dormir en la hondonada? Reprimo la pregunta, fulgurante: es mandarse la parte internamente. Está bien, las cosas alteraron su sentido, pero es cuestión de establecer qué son los míos. Si los míos se definen como aquellos que nunca cruzan Monsegur de ningún modo, y yo la cruzo, una de dos: o soy pionero de los míos, el primero que hace algo inusitado, o he dejado de ser de los que era, y ya soy de los otros, incipiente. No se trata de pensarlo caminando por Moreno mientras bajo junto a Mingo a la hondonada: se trata de sentirlo con el tiempo.

Bordeamos la canchita: entre pastos al borde del asfalto, en cualquier parte cantan ranas siderales. Oímos al pastor, que está gritando. Por los parlantes negros muy angostos, en el techo de una casa revocada, junto a otra en que se vende pan casero —caserito—, atrona la voz mediocre del pastor que verifica una nueva función precisa del lenguaje, la ontología entreguista que enumera. Cantan las ranas, otra vez, y no se callan. “Que en esta noche”, grita el pastor falaz en el parlante, “en que nos das esta luna”, la luna de las ranas, el pastor lo entiende oscuramente, “en el nombre de Jesús, dios poderoso, y el espíritu santo, en esta noche, cada vida, dios mío, te queremos entregar, de a uno, los hospitales, señor, te queremos entregar la comisaría, dios santo, señor las cárceles, dios mío, para que también en esos lugares tu gracia se derrame, mi dios, en el nombre de Jesucristo, padre, bendice en esta noche, bendice el espíritu santo, y ministra cada vida, señor, cada cosa, señor dios padre todopoderoso, la canchita, señor, el descampado, cada lugar, mi dios, queremos entregarte el supermercado, señor, y cada calle, la salita, las escuelas, y a cada niño, y cada colectivo que tomamos”. Que

entregaran al pastor sería lo apropiado. “Un aplauso para dios”, pide al callarse.

Graciela es india linda. Que me siente, dice Mingo, que me siente, en la mesa con un nylon estampado. Y aparece Graciela desde atrás de una cortina: india linda. Va descalza por el piso embaldosado, va descalza por el patio de atrás, de tierra, y las gallinas. Mingo le dice que una quinta y los ocupas: le gusta la palabra que ha escuchado. Graciela entiende. "Ahora comemos", dice Mingo: que me siente. Mingo se lava, después de la jornada. Me lavo yo también: el agua hay que sacarla de un tanque azul de plástico flexible. Graciela hizo empanadas: nos sentamos a comerlas, pero ella irá y vendrá a través de la cortina, como las indias secretas que se eclipsan y hacen cosas escondidas entre trapos.

"De Mantilla", dice Mingo, los dos del mismo pueblo. En Corrientes, pero esa referencia es secundaria, porque eso es ser criollo, ignorar la geografía más abstracta. Que los padres fallecieron, y Mingo que se quiebra inopinado, el patetismo criollo inusitado que se instala fulminante en esa mesa, en la cara del criollo narigudo, con el nylon bravísimo, estampado, con la empanada abierta, a media asta, y ya no puede hablar por un buen rato. Graciela que aparece detrás de la cortina, y entiende otra vez lo que no escucha, nos explica que Mingo era apegado, la condición del animal que se desteta, renuente y a destiempo, algo del orden de un vicio mal curado, que se emociona siempre al recordarlos, lo explica y es severa, y cuando vuelve Mingo del recuerdo, traído por Graciela y su firmeza, confirma el diagnóstico campero, porque eso es ser criollo, evitar la discusión de lo evidente, y dice que al llegar cortaba el pasto de las quintas, y lloraba: lo dice así, lo dice Mingo, al cortar el pasto iba llorando.

El criollo va cortando el pasto conurbano, avanza por detrás de la pileta, se aleja por los parques de los otros, mientras empuja la máquina que ataca las pasturas anómalas, rebeldes, que no distingue especies, que cercena con un crujido veloz y repentino, sobre el fragor de fondo que sustenta, con el estrépito del palo que mutila, y con cada alteración innominada de los golpes alocados de cuchilla, excesivos aspavientos necesarios, y el criollo que no sale de su vicio de llorar a los padres por los parques, ajeno al fragor de la cuchilla, y llora y corta el pasto de las quintas, y de lejos alguien ve que va cortando, y le parece bien que así lo haga, que es el deber hacer de las pasturas, sin saber que el criollo va llorando a los padres pobres, correntinos y finados.

Y Mingo cuenta de los padres, los hermanos, y los hermanos de Graciela, como treinta. Y que él la conocía, la veía que pasaba caminando por el campo, allá en Mantilla, que era una guaina, y andaba siempre de un lado para otro. “Yo ya estaba casado”, dice Mingo. Tenía una mujer que no podía tener hijos, que fue a Corrientes, a ver a unos doctores. “Desde allá mandó a decir que tenía otro.” Y él quedó solo en la casa de Mantilla. Que era grande la casa, y sus perros y sus chanchos. Un día salió al campo, iba a caballo, y en el medio de la nada vio a Graciela: la vio que había crecido. Se arrimó y le contó que la mujer se había ido. Y que entonces conversaron de sus cosas. Que esa noche comía él ahí en su casa, y que oyó que aplaudían allá afuera, aunque estaba todo oscuro y a esa hora. Y él salió y era Graciela con la madre, y lloraba la señora, pobrecita. Y que el viejo era un mamado, se sabía, y le pegaba a la señora cada tanto. Que amanecieran, dijo él, y les dejó la cama grande. Y al otro día salió al campo bien temprano. Y volvió, y a la siesta oyó a su padre, que gritaba desde afuera de la casa: “No me salga, hijo, que lo matan”. Y él sabía que era el viejo de a caballo, que buscaba a la señora y a la hija. “¿A quién carajo va a matar el viejo’e mierda?”, gritó Mingo interesado desde adentro, y salió con un machete que tenía. Y el viejo no bajaba del caballo, y él le dijo que pasara, que ya estaba por comer unos churrascos, que tomaran unos vinos que tenía, y que el viejo era borracho, se sabía: donde había un vino, no se iba. Y a la noche pidió de amanecer, y él le dejó la cama grande. Y Graciela se vino a la otra cama. Y el viejo y la señora se fueron bien temprano. Y que ahí está con él, Graciela, todavía.

Y Graciela que se ríe, cuando vuelve a aparecer en la cortina. Y que no sabe nada de los indios que pasaron por la sangre que la anima. Y dan ganas de decirle: vos sos india, Graciela, hagamos algo. Dan ganas de hacer algo que ignoramos. ¿Qué se puede hacer de bueno con los indios? La pregunta es secular, es incesante, y los indios indolentes la contestan, no hagan nada, van diciendo, porque son el desconcierto a contrapelo. Y nosotros preguntamos, pero menos: si aparece Graciela en la cortina. Y acaso nos mezclamos, y se apaga de a poco lo sagrado, que no es nada, si no existe un dios que lo sostenga, es un tomarse en serio solapado, una impostura de la raza anquilosada. Y no hay nadie que haga nada, y Graciela que aparece india en la cortina. Y un día no habrá más, ni cortinas ni Gracielas: no habrá indias. Y Mingo sigue hablando: habla del Checa, que cazaban los mulitas en Mantilla. Y que vive acá a dos cuadras, porque todos los que antes vivían en Mantilla, ahora viven en La Reja, en la hondonada, y Mingo que se ríe del éxodo interior, del campo solo. Que salían a eso de las once, con tabaco y con un gancia, de las once de la noche, y se acostaban los dos entre espartillos, ocultos y a la luna. ¿Y por qué no la tabaco y una

gancia? Tranquilos, dice Mingo, de noche, mirando las estrellas. Y los perros andando alrededor, que se movían. Pero ellos bien tranquilos tomaban y fumaban. Que los mulitas salían a la una, por ahí, y conversando hasta que oían a los perros que ladraban, y se iban atrás a perseguirlos. Y encontraban a los perros en las cuevas, metiendo el hocico en cualquier parte. Las hocicos en los cuevas del mulita. Y con las chuzas de acero, las hundían en la cueva y las clavaban, y no podía salir el mulita, y lo sacaban. Y cuando pido precisiones, porque no soy criollo y las exijo, y exigir no es ser criollo, dice Mingo que el mulita no hay. ¿Que no hay mulita? ¿Y de qué hablabas entonces correntino? Que hay colorado y negro, y con la chuza de acero, le clavás. Y que después usás lo que es la pala y le cavás hasta que llegue al bicho. Y ahí le sacás la chuza y le cazás y le traés. Que no vaya más abajo tierra, que se quede ahí trancado. Que le dejás cavar hasta que llega a donde está clavado él. Pero el mulita, para la parte de El Batel, otro paraje.

Y ver que abre el portón, endeble, que no proyecta sombra. Parado a treinta metros, por Madero, detrás del cerco desmadrado de las cañas que tienden a avanzar sobre la calle y ofrecen su refugio al que vigila. Que sale sin mayores precauciones, y enrolla la cadena clamorosa, en dos o tres movimientos sincopados, de la mano derecha y la cintura, y aprieta el candado que no cierra, y ensaya contorsiones correctivas, hasta que se separa del portón, el bolso al hombro, y se aleja por Madero hacia el asfalto. Y entonces los dos frentes que se abren para la acción precisa y repentina: entrar con el sentido que debe restaurarse, a la casa ocupada y deslucida, o seguirlo por Madero hacia el asfalto, hasta perderlo, o alcanzarlo, o entender lo que se pueda, acechando la verdad que se revela en toda jornada percibida. Seguirlo. Y pasar frente a la casa, y ver junto al portón, sobre el pasto oscuro y desbocado, por la lluvia y el sol descomedidos, la hoja escolar y conurbana de un cuaderno, o de la incuria insidiosa que se aplaca inventando circunstancias atenuantes —ver todo el tiempo las cosas que no existen—. Y recoger la hoja mancillada por la lluvia y el sol descomedidos, y leer en el esmero de las letras el mensaje de una niña, Brisa, confiado al Universo: “Desde hace un mes, mi dirección es Moreno 1700”. E imaginar el instante detenido: la maestra exigiendo anotar las direcciones, ¿las saben?, cada uno en su cuaderno, y Brisa recordando la advertencia general a los hermanos: “Si les preguntan, que viven en Moreno 1700”. Y Johnny, que es más grande: “¿Y desde cuándo?”. Y Johnny, que es más grande, entendiendo que hay contiendas espacio-temporales, que la otra dimensión de lo que existe no puede ser desatendida, si se usurpa. Es increíble que ellos no lo sepan, que los traigan a vivir a cualquier parte, de noche, dormidos, las luces apagadas, la casa imaginada y entrevista, sin poder fijar las formas que desvelan por el enigma espeso de las sombras, y no entiendan que el conflicto no se libra en el espacio, que no es nada, sino la condición de posibilidad de lo que ocurre. Eso lo sabe Johnny, que es más grande, pero lo calla, y piensa en ellos, en la mujer y en el hombre inconstante que aparece, a veces, a la noche, como en dos condenados del espacio detenido, como en dos fijados al espacio intrascendente —de corcho, o telgopor, dos alfileres—, como en dos negados del tiempo sucesivo, como en dos exonerados del saber, dos arruinados. “Desde hace un mes”, el hombre inconstante, que a veces aparece, y acaso tiene arrestos que querrían conjurar lo improvisado

improvisando, que digan que hace un mes que viven, más o menos. Y Brisa y el misterio cognitivo de reaccionar a tiempo, ante el estímulo docente y colectivo, y dejar asentado en el cuaderno el mensaje de aquel hombre inconstante que se aleja por Madero hacia el asfalto: "Desde hace un mes, mi dirección es Moreno 1700", y seguirlo, desde esa referencia coordenada, por Madero, de tierra y de cascotes, el bolso al hombro: seguirlo hacia el asfalto.

El hombre inconstante en la garita, esperando el colectivo hacia Moreno. El trescientos veintisiete, que procede por Rubén Darío desde el dique, por las quintas que amanecen vegetales, vaporosas, que no han sido parceladas y preservan el sentido natural que se disgrega con el día que transcurre cotidiano. Detrás del hombre, a pocos metros, sin poder asomarme a la calzada, sin saber si se acerca el colectivo, que irrumpe en el asombro perfilado, el estricto contorno repentino en la espera cromada de las líneas, que proyectan su sentido instantáneo a todo lo que espera, o esperaba, a la vera del camino, y nadie es nadie más que una distancia relativa, que una ponderación en la paciencia perentoria del hombre que maneja, y un bolso al hombro que asciende en tres peldaños, y unos pasos apurados que secundan el ascenso uniforme a las alturas. Y estar atento a los cambios repentinos, porque arranca el colectivo, y una vez ejecutado el íntimo ritual de la moneda, una vez abandonado el interludio ansioso del estribo, habrá dos hombres ascendidos en el mismo lugar del recorrido, hermanados a los ojos del pasaje, que acaso se examinen entre ellos, y saquen conclusiones peligrosas sobre esa coincidencia itineraria. Pero el hombre inconstante se repliega en la ventana, y deja el campo libre al que persigue, que se acomoda tres asientos atrás del perseguido, y recela instantáneo el replegarse del otro en el paisaje, que podría darse vuelta y preguntarle: "¿A quién estás siguiendo, gil de goma?", y desarmarlo en la expresión inesperada, en la marca del lenguaje normativo, en la necesidad del giro categórico que delimita el mundo hostil del improperio, que es ligero y es letal porque ilumina la sombra material de la violencia. Y este misterio: al que persigue, la goma y la gilada, y una lógica así, atributiva, pertinaz, inmanejable, que sabe asociar a cada ofensa con la injuria cabal y escrupulosa, una luz novedosa y biyectiva, una lógica entrevista e ignorada que hace creer en un mundo inexpugnable, invencible de violencia, que no dejará resquicio al que quiera recuperar su casa quinta. Ver todo el tiempo las cosas que no existen. Porque nadie se da vuelta, y sigue el viaje tranquilo hasta Moreno, el tramo de la ruta y de la vía, las cuadrillas beduinas bordeadoras, aisladas en el aire verde, moteado y oloroso, sobre el pasto vecinal del terraplén, y luego el tren a Once, el tren irremediable, amanecido en la resaca lateral de los charquitos, y otra vez tres asientos adelante, el hombre inconstante replegado en el

paisaje, el bolso suspendido en las alturas, confiado a la memoria, Paso del Rey, el brazo abandonado sobre el borde, bajo el filo del vidrio tembloroso, la guillotina al paso en la ventana, confiada a las alturas, que antes de Merlo se descuelga y decapita el codo en diagonal, degüella el brazo, no pasa nada, y es Castelar demorada en la ventana, los castillos y los reyes, pero todo el tiempo y sobre todo la negrada desfilando el deterioro en movimiento, ofreciendo el menoscabo inexplicable —peor sería tocar la cosa ajena— con la boca pronunciando aborrecible —no entienden la palabra hoy no hay, hoy no se puede—, mirarlos, saber todo, y evitarlos, y agradecer las horribles galerías que cercenan en Liniers el conurbano, las fealdades tubulares del comercio que señalan el pasaje catastral hacia la posibilidad de un centro, de una esquina, de una vida preservada de lo horrible, y descender en Once, a punto de olvidarse del enigma inconstante que se sienta tres asientos adelante, y que habrá que seguir a donde sea, acechando las verdades reveladas en casi toda jornada percibida. Bajar al subte, si el enigma lo propone, andar por Once, cruzar la plaza, caminar algunas cuadras, hacer combinación en cualquier parte, y apostarse en algún bar, en una esquina, mientras el hombre inconstante apura la jornada laboral con los dos brazos, y pinta una pared, arregla un baño, instala un piso, una alfombra, una membrana, o algo más raro, revisa las junturas, semblantea cojinetes sumergidos, arrebuja maniquíes claveteados o contrapesa los machimbres industriales, y responde, a la pregunta por la hora, que hace un mes que toma el tren, que baja en Once, y que estuvo en Castelar un tiempo detenido, y que salió temprano, y que no hay caso, que primero tiene que tomar un colectivo.

Si dijera: “Desde hace un mes, vivo en Moreno 1700”, nadie entendería. ¿En la calle Moreno, acá, en el centro? No, en Moreno y Madero, en La Reja, una casa: alterado su sentido. Pero no hay nada que decir. Que arrebuje los machimbres sumergidos y cumpla su deber, porque eso es todo: no hay nada que explicar. Que se aplique al trabajo en cuanto llegue, porque el hombre baja al subte, detenido, en la escalera que desciende a las alturas, maniquíes claveteados sumergidos, y toma el pasillo caluroso que lleva hacia el andén, al subte A, a cualquier parte, junto al mural horrible que ha sido restaurado, semblanteando las junturas industriales, y desemboca en ese espacio hexagonal de indecisiones que algunos atraviesan decididos, el hombre inconstante, sin decidirse a atravesar, como los otros, y sin examinar las salidas indeciso, en un estado de la vacilación que es todo propio, y que lo acerca en diagonal, a la deriva, hacia las mesas de plástico plegables, el bar al paso, la chaqueta celeste de los mozos, los otros parroquianos disgregados, al paso del gentío en andanadas, que busca los andenes decidido. El hombre se sienta en

una mesa, y sienta el bolso junto a él, y llama al mozo, que no puede venir y hace una seña, que ya vendrá a la mesa que aquel hombre inconstante ha elegido, una mesa final, arrinconada, junto al extremo de la barra. Y entonces entender lo señalado que se ha estado acechando desde lejos, la entrada en la acción inexcusable, sentarse en la banqueta sobada de cuerina escarlata, o bordó con la mugre atigrada, junto a la barra, de espaldas al hombre tan cercano, sentado en esa mesa, en otro mundo, y pedir cualquier cosa, y acechando la verdad que se revela en toda jornada percibida, y fingir unas distancias siderales entre la dimensión de la barra y de la mesa, con ademanes propios, con el diario, con la aplicada ejecución de cualquier cosa, o el pedido intempestivo al lavacopas —no hay que exagerar, actuar lo justo— y esperar a que el hombre inconstante pida lo que tenga pedir, una tres cuartos —las diez y veintitrés de la mañana, en el reloj de brahma en el espejo— y registrar lo que ocurre tras la espalda en una región lateral de la conciencia, ensimismando la vista hacia delante, por momentos, porque hay que actuar lo justo, mover con desahogo los dos brazos, y no pedir cerveza, que es temprano. Pedir una tres cuartos, como el hombre, tender complicidades cognitivas, que logren aliviar el simulacro, y sincronicen las esperas desiguales. Una intuición acertada, la cerveza. Un saber que se ignora que se tiene: pedir la misma cosa que el hombre perseguido, elemental, porque hay contiendas espacio-temporales, y habrá que estar dispuestos a lo mismo cuando el hombre termine la cerveza, y se disponga a hacer lo que no sabe todavía: lo que ignoramos. Abre el bolso, el hombre, y trae alguna cosa hacia la mesa, que debe levantar con las dos manos, no por el peso, por la forma, más bien, algo cuadrado, se sabe sin mirar, algo que exige algún cuidado al levantarse, pero que fue confiado a la memoria, en las alturas del tren irremediable. “Traeme otra”, dice el hombre, sorpresivo, y obliga a interpelar sobre la barra el nivel a contraluz complementario.

Pedir, pero no ahora, es imposible. En un rato tal vez, actuar lo justo. Separar los dos pedidos enfrentados, y evitar las conjeturas peligrosas, aunque el hombre inconstante a nuestra espalda parezca sumergirse hacia otra cosa, esa certeza del otro en otro mundo, ese cambio inopinado del registro del estar junto a nosotros, el hombre aplicado a su tarea, pero, ¿a cuál?, el hombre en una mesa, de un bar al paso, haciendo algo que no podemos ver, algo con ritmo, o mejor, con pausas que despliegan indolentes un velamen troquelado repentino, algo así, unas pausas ventiladas, que el hombre acompaña con suspiros, con el aire frustrado que se exhala y quiere sugerir callado el desengaño, pero quiere también razonar lo sucedido, en voz alta, si acaso lo escucharan, ese programa preliminar de interjecciones

vocativas que pueden ser actuadas, y uno querría intervenir, decirle que él también debería actuar lo justo, hasta que persevera, el hombre, en la impostura, y obliga a darse vuelta, algo pasa, a escrutar voluntades solapadas, a entender con los ojos lo escuchado. Darse vuelta: el hombre mira las hojas transparentes de un álbum de fotos en la mesa, abierto en dos mitades obedientes, raya al medio. La segunda botella está vacía. ¿Las apura de un trago en cuanto llegan a la mesa? Es fugaz la visión, pero trae confirmaciones requeridas: el hombre en otro mundo, el de las fotos, en otra dimensión evocativa. El hombre casi tonto en la ausencia minuciosa, dan ganas de decirle cualquier cosa. Que es una estupidez mirar las fotos, que es un imbécil que ocupa casas quintas, que es un negro del orto, que es la nada inconstante de los indios: la euforia repentina del que sabe que van surgiendo las verdades percibidas, y se revelan los contornos vulnerables de lo que se creía invicto, inatacable, se da vuelta la taba, señores, así nomás, en un bar al paso, en una mesa, y van a restaurarse los sentidos, aunque no sepamos cómo todavía, aunque haya que esperar a que las cosas se acomoden, con el gesto de ver lo conocido, y señalen el camino a la victoria, la vehemencia tranquila del que sabe que va a recuperar su casa quinta, y al carajo con los negros que la ocupan, que despejen los recuerdos, y se vayan a instalar a cualquier parte, a cualquier quinta.

Pedir, ahora, la cerveza que faltaba. Brindemos a la taba que se invierte, mozo, a la íntima certeza de la euforia. Brindemos por los negros que no tienen universo simbólico electivo, pero no son, tampoco, invulnerables, y lloran cuando ven algunas fotos, y guardan los recuerdos en un bolso, y se ponen tristes al paso en cualquier mesa, y ofrecen el costado vulnerable que permite recuperar las casas quintas. Porque eso se sabe, mozo: el que llora ante unas fotos —no llora, está bien: está muy triste— no es un buen usurpador. Ocupar es de todos los momentos, y nadie ocupa una casa y llora adentro —ya sé, llora en un bar, en cualquier mesa—. Las casas no se ocupan con el llanto intempestivo, con tristeza y con recuerdos. El que recuerda y llora, y acaso mira fotos, es el otro, el que queda afuera de la casa, y se acerca al portón, para verla, lejana, en la inminencia, y querría entrar con el sentido que debería restaurarse ahí adentro, pero no puede, no preguntemos por qué, pero no puede, y en el mismo momento en que se aleja, por Madero, de tierra y de cascotes, de la casa usurpada y deslucida, comienza el derrotero del descuido, que busca pertinaz el flanco vulnerable, el lugar por donde entrar, mientras que monta, aparente, unas razones jurídicas y endebles, que no darán los frutos anhelados, porque los negros no entienden de razones, y en el mismo momento en que se aleja —entonces, mozo, le decía—, en el mismo momento en que se aleja emprende el derrotero

incierto sin saber si existe ese costado, si podrá acceder por algún lado, si habrá un candado de mierda en una puerta, y un día, al paso, en la mesa de un bar en cualquier parte, se le revela el acceso majestuoso: el negro llora —*yapaí*, hermano: la taba que se invierte—, y le muestra el candado, cinco pesos, y le dice: "por acá, son pocos golpes", y le dice también: "sos vos el negro", la taba que se invierte, "usurpá lo usurpado, volvé a casa", y está bien que sea así, ¿no es cierto, mozo?, porque es un hombre constante y meritorio el que tres asientos detrás en cualquier medio, o desde una banqueta atigrada en cualquier parte, mantiene el rumbo sacudido de la espera acechando las verdades emboscadas que le permitan volver a donde debe.

Decirle *yapaí*, aunque no entienda. No leyó a Mansilla, es previsible. Soy más negro que ustedes, cuando quiero. Mansilla ganando en la negrada, señalando condiciones desiguales, y aquello que distingue a una de otra: que la barbarie se aprende, o se consigue, que una condición logra la opuesta. Y no al revés. Ver todo el tiempo las cosas que no existen. Y lo peor: verse siempre viendo cosas que no existen. ¿Qué es la condición? Muerte a Mansilla, que en vez de matar indios se florea, y cree en su condición superlativa. Muerte a Mansilla que nos complica con sus buenas intenciones complicadas. Darse vuelta: el hombre, como antes, mira el álbum detenido.

El mozo trae ahora otra cerveza: la botella abrigada en un cilindro de telgopor blanco, escrito con birome. Al abordaje: sacudir el portón con las dos manos. Girar en la banqueta hacia la escena: el mozo sirviendo, preciso, el contenido, en una botella grande, de agua mineral. La presencia del mozo, la maniobra, admiten el girado de banqueta, y aun que persista girada hacia la escena. El hombre levanta la vista a lo girado, mientras sostiene el recipiente celeste desde abajo, pegándolo a la mesa, y sonríe: entiende la atención, y la respeta. Es natural. Pero debe dar cuenta de ella de algún modo. El hombre me mira sin saber que lo persigo, el hombre se confía: "Le pongo aspirina y pega el doble", me dice sosteniendo la mirada, un instante, el negro de los ojos a distancia. Se ríe el mozo, y esa risa, es la puesta en abismo de una complicidad que es insondable: no dejarse ganar por lo ilusorio. El hombre se ríe, también, después del mozo, mirándolo a los ojos, que no lo pueden mirar, porque se vuelca. Se ríen de eso. Certifica que ha sido pertinente el ligero comentario inopinado. Se ríen de eso. ¿No estaba triste? Con los negros no se sabe, son inconstantes, también, en la tristeza. ¿Cómo desembarcar en la confianza? ¿Cómo quedarse en la escena para siempre? Es la dificultad que se perfila, como una isla ilusoria entre la bruma, y que el hombre disipa en un instante: "Hace diez años me casé", dice, y me mira. La voz es nueva, o es nueva la dicción que se revela. "Con esta guacha", dice el hombre, y muestra el álbum, sin que nadie lo vea, a la

distancia. El mozo pasa entre los dos, hacia la caja, eclipsa lo que no se debilita, porque ya crece la nueva connivencia, que es más ardua que la risa inopinada. La taba dada vuelta, como el hombre, en un estado psicotrópico que ignoro.

Pero el hombre se repliega en los recuerdos, que descubre mirando hacia delante, y muestra de qué modo podría ser invulnerable: un hombre instalado, inamovible, que no podrá ser arrastrado si no quiere, a merced del vaivén de la resaca, la voluntad navegando a la deriva. Emerge de a poco con los brazos, el hombre, levanta el álbum de la mesa, lo sostiene abierto en el aire suspendido, la cabeza ladeada que me mira, una ofrenda, me invita a ver las fotos. Se entiende bien lo que ha pasado: la invitación a ver es lo que sigue en la cadena causal que se dilata. Quiso decirme: "Con esta guacha, mirala, acá en la foto", pero los eslabones lejanos como boyas lo hicieron navegar a la deriva. Me acerco a la mesa, me mira sorprendido: ¿qué estás haciendo?, querría preguntarme, pero reprime a tiempo la pregunta, porque sospecha un orden que no acuerda con el suyo si no es por la irrupción a contrafase, porque malicia algo en el olvido, porque es dócil y es taimado, y trata de entender lo que ahora entiende, y va deslizando el álbum en la mesa, para que el otro vea lo que él ve, en esas fotos que ahora muestra, y que yo miro, temiendo ver La Reja, ocupada, una casa: finalmente alterado su sentido. El vago temor ante las fotos, que siempre es infundado: una torta cuadrada y manuscrita, Lorena y Gabriel, con chocolate, y a Lorena que se ríe para siempre por las cosas que pasan todo el tiempo cuando se sacan las fotos de la torta, y hay que cortar con las dos manos, juntas, inútil la de arriba, la otra vacilante, sobre el mango nacarado del cuchillo, esperando las órdenes de arriba, la primera porción, hendiendo el bizcochuelo hacia delante, el camino juntos que ahora empiezan, cortando una torta baja encargada a una señora, que la prepara bien y que no es cara, Lorena linda en la foto, que sonríe, mirando hacia abajo, hacia la torta, efímera, lorena y conurbana, y atrás los invitados que son negros, y el fondo de paredes encaladas, y el piso de ladrillos mangueados, Lorena, en esa arquitectura contingente que es la expresión de lo que está determinado, escrito en la torta para siempre que todo será como está escrito: Lorena y Gabriel, con chocolate.

Hay otras fotos: los chicos, en las cunas horribles, de madera. Mal sacadas. O el día en el zoológico, con el pato anodino y angurriento, Lorena que se ríe todavía, del pato seguidor, de cualquier cosa. En casa, con Gabriel, y dos amigos, tomando una cerveza, como ahora, un aura lorena deshonesta, de frente, capaz de gestionar las posiciones. Hay otras fotos: inapelablemente negros. Y todo es conurbano y desgraciado. Y cada cosa no alcanza a ser lo que debía. No hay nada bien pensado: un error original irremediable. Y el hombre me muestra

lo que él ve, y no lo veo: un mundo equivocado ante los ojos. “Es linda”, le digo, y no contesta. El mozo que nos mira detenido, de pie junto a la barra, a tres metros. Cierra los ojos, señala con la vista, ciega, sacude apenas la cabeza: qué mal está ese hombre, es lo que dice. El mozo certifica lo contiguo. Me dice, de algún modo: hacete cargo. Ya están juntos, sentados en la mesa, mirando distraídos unas fotos. El que pasa decidido hacia los trenes no puede imaginar lo contingente. Tiene razón. Mansilla es complicado. Tiene razón, Mansilla es ampuloso. Se pone al frente, se toma en serio: hay que acercarse así, como me acerco. Borrar las contingencias del relato, volverse necesario en los sucesos. “¿Dónde vivís?”, le digo entonces al idiota, que me mira, y estoy determinado a hacer lo que ahora hago, que es pasar las fotos indolente, fingir que la pregunta va surgiendo del pasaje de la imagen conurbana. Pero él ofrece la botella de agua clara: *yapaí*, hermano, si querer que te conteste. Tomar del pico el trago insuperable que estimule la respuesta precisa y esperada, omitiendo la objeción de la aspirina. Es pesado el golpe de la espuma, cuando cae contra los labios entreabiertos. “En Moreno”, dice el hombre inconstante. Vivís en La Reja, hijo de puta: el conato fugitivo de los cauces. Vivís en La Reja y la concha de tu madre. Tranquilo. Sos un negro de mierda que ocupa los recuerdos de los otros, que rompe los candados a la noche, que se hace el pelotudo cuando habla, y pone aspirina en la cerveza, para que pegue más, y se casa con Lorena, con una torta de mierda, en cualquier parte: y en las fotos está escrita la desgracia, la tristeza, esa vida necesaria en la negrada, y yo lo veo todo, lo sé todo, pero finjo que es el mundo ilusorio ante los ojos, porque ustedes no ven nada, y tengo que adaptarme o despreciarlos, hacer que no los veo o exiliarme: el conato fugitivo de los cauces.

“¿En Moreno?” Hacerse cargo, acechando las verdades emboscadas. “¿Viniste en tren?”, le digo, y ya sé todo. Me sale por arriba la pregunta, me sale avasallando condiciones, la taba dada vuelta, intempestiva. Dice que sí, que vino en tren. “¿En el centro de Moreno vivís?” Que cerca de La Reja, dice el hombre, la dicción dificultosa que no impide las verdades a medias allanadas. “Hay quintas por ahí.” Que sí, que hay quintas: los tiempos de reacción se han acortado, el ciclo regular de la aspirina. “¿Te gusta?”, y es el hombre, ahora, el que avasalla, surgiendo de la bruma inesperado. Si me gusta qué cosa, es la pregunta. “La guacha, ¿te gusta?” Lorena que se ríe en la foto conurbana. Las verdades que se acechan no son nunca, cabalmente, lo esperado. Le digo que es muy linda, Lorena, que me gusta. “¿Querés garchar?”, pregunta el hombre: está tranquilo. La propuesta del hombre, que se eclipsa, cuando le digo que sí, que tengo ganas, y me dice que la guita es lo primero, que él me da la dirección y voy de noche, y me paro en el portón, y ellos me abren, y que no hay que

hacer quilombo ahí en la puerta, y que es Moreno 1700, y Madero, allá en La Reja, que me tome el tren y no pregunte, y que vaya tipo diez, y que me raje.

Y adelantar las circunstancias todo el día, tener miedo, conducido por la euforia de volver a entrar en esa casa, pensar en el armario, eterno, tras la luna del espejo. Pensar primero sin certeza: ¿seguía ahí o ya no estaba? Tantas cosas que no están, que se llevaron de La Reja, infinitas herramientas heredadas de las carpinterías familiares conurbanas que nunca conocimos, esa cosa de inmigrantes desleídos, y la incuria de perderlas, disgregadas por los parques de las quintas, ejemplares únicos dispersos. Y luego la certeza que se impone, paulatina: de todo lo perdido y lo expoliado, lo robado y sustraído, es lo único que queda. Un escondite tan perfecto, que nadie nunca lo encontró, durmiendo el sueño polvoriento de los justos, justo él, lo único que queda. Un sueño leve, de metal y de madera. ¿Y los cartuchos? Una caja humedecida y deslenguada, tres o cuatro cartuchos desparejos: rojo intenso con coronas de oro y plata. Durmiendo el mismo sueño leve tras la luna, o ya dispersos para siempre, disparados. Y en esa duda subsidiaria y la certeza, que se eclipsa y que se impone vencedora, pasa el día trajinado que no es nada, hasta que el tren va de nuevo hacia Moreno, y pasa el viaje trajinado que no es nada, y estoy parado en el portón, de noche, en esa esquina de Moreno y de Madero, una casa.

La oscuridad invencible de Madero, de tierra y de cascotes, parado en esa puerta, aplaudir para los perros, que ladran, y enloquecen, y se olvidan: los perros veleidosos de las quintas. Ver la luz en la ventana, el vidrio triste, bajo el alero de madera despintado. Ver que nadie va a salir: a esa hora. Y no volver a aplaudir: el desconcierto de estar parado ahí, pero entender al mismo tiempo, en el silencio suspendido de las palmas, que detrás del ligustro oscuro algo se mueve, ese salto repentino del que entiende que el movimiento lento de las hojas lo concierne, porque hay algo repulsivo separando unas ramitas arduas de las otras, porque es algo horrible que está del otro lado, que estaba antes, que es una forma ciega que nos mira, que es un lento animal de madriguera, atareado en la ausencia de esos ojos, porque es la ausencia de los ojos la tarea, que está mirando ahí, del otro lado, entre las ramas oscuras del ligustro, y que dice: “Por allá vení que está cerrado”. Y la voz arma la forma, la revela: alguien ahí parado entre las hojas, un enviado, desde dentro de la casa, hasta el límite del ligustro desmadrado, que ha venido a buscar a los que aplauden, y me dice que a la vuelta, que me acerque al portón desvencijado, de

madera, tablas verdes carcomidas desde dentro, y es lo que hago, obedecer a la sombra que se mueve junto al muro vegetal, que va avanzando hacia el portón más grande, por Moreno, todo el largo del parque recorrido, una sombra algo más lenta que la mía, y yo a punto de entrar en esa casa a restaurar el sentido mitigado, a construir de a poco otro sentido, a ver tendida a Lorena en una cama, en la habitación de los grandes, la primera, porque es seguro que en la otra están los chicos, la Brisa y el Johnny, las nenas hacendosas con los moños, y acaso el hermanito, en la horrible cuna conurbana, y Lorena en la cama tendida enfrente del armario, con el espejo eterno en que crecimos, y justo arriba, atrás de dos maderas, cruzadas, provisorias, arriba del espejo, metiendo la mano así, contorsionada, el pistolón de caza y los cartuchos, la forma ciega del gatillo, el doble caño, entrevista con la palma en el tanteo que nos dejaba tranquilos en la casa, que nadie había entrado en la semana, que otra vez conquistar la tierra santa que podría haber sido profanada, pero que estábamos de nuevo en el alcázar, y que detrás de la luna del espejo, durmiendo el sueño justo del armario, el pistolón de caza mata negros, escupe perdigones penetrantes, sagaces, incisivos, marcando los pasajes acerados por las pieles conurbanas y marrones, y otra vez tantearlo y entreverlo, y despertar el sueño justo tras las tablas, y traerlo enfrente de Lorena, tendida en esa cama, y restaurar el sentido a sangre fuego, que debe restaurarse en esa casa.

Pero será después, porque ahora es la sombra que avanza desleída y negra en el ligustro, y que se eclipsa detrás del pilar de ladrillos a la vista, junto al portón, sendas sombras mutuas ligustrinas, y entonces oigo y ya no veo, la cadena resbalando sobre el largo pasador, y otras maniobras, y todo el módico despliegue de maneras, del que debe abrir un portón que se ha cerrado con unas precauciones razonadas, que acaso se acordaron en voz alta, y que ahora se presentan apagadas en el eco del recuerdo del que debe desandar unas maniobras, y que en silencio las va desestimando, o acaso las confirma, pero todo en el silencio inaccesible que impone una tarea, que siempre es una tregua, espacio-temporal, de contingencia, y el que está junto al pilar del otro lado, porque toda maniobra oída es minuciosa, ingresa también él en esa tregua, y piensa y se emociona, y ocurre todo en una pausa, que está a punto de pisar aquel terreno, de franquear el pasaje necesario a la parcela catastral del conurbano en que deben restaurarse los sentidos. La sombra levanta el portón desvencijado, que ya no gira sobre el eje derrengado, y en el esfuerzo toma cuerpo: el contorno atareado en la cadena, la sombra transitoria en el ligustro, el animal de madriguera de hace un rato, es ahora un cuerpo flaco del otro lado de las tablas, es ahora concreto en el esfuerzo de levantar algo pesado, retroceder con las chancletas, pocos pasos, y dejar que la sombra

mutua que está del otro lado acceda, nocturna y catastral, a la porción cuadrangular de conurbano que le ha sido encomendada, en tiempo y forma, pero también en el espacio.

Y ver que el parque es una pena. En cuanto pongo un pie en el pasto me conduelo con los que podrían sufrirlo si lo vieran, con veedores tutelares y exigentes, y sus voces interiores incorpóreas, con personas que no existen, pero es que estamos solos e inventamos, a la luz alargada que contrasta cada pasto junto a pastos contrastados, porque han puesto reflectores levantados que proyectan las luces hasta el fondo, incierto de árboles, y alambres, y follaje, que habrá que recortar, disciplinar, ponerle coto, cuando sean restaurados los sentidos. Los reflectores que no han sido inclinados, que no cortan las porciones catastrales de luz y sombra, sobre el pasto iluminado, porque los negros que la ocupan no lo saben: si ven la luz, entienden que es de frente, y no quieren que la sombra corte nada. El reflector alargado que ilumina la mesa de azulejos, diagonal, a veinte metros, el parque de por medio. Sobre el piso de ladrillos, donde hubo un quincho alguna vez, que ha sido derribado. Un quincho inmediato, remoto y familiar en los recuerdos. Bajo el techo de paja, entre tirantes desparejos mal curados, los chicos, aburridos, cenamos con alguna gente muerta. Del quincho queda sólo la intemperie, y una mesa de azulejos que alguien trajo, y el contrapiso de ladrillos deslucidos, que señala lo que hubo, y prepara lo que viene, cuando sean restaurados los sentidos, y se emplace un quincho nuevo en aquel sitio, y los nuevos candidatos a morirnos cenemos con los chicos que ya crecen, y los negros hayan sido dispersados, para siempre, hacia sus vidas ignoradas que transcurren en los barrios conurbanos.

Y en la mesa fragmentaria a la intemperie, varios hombres regulares en los bancos, sombras negras atacadas por los haces de las luces alargadas reflectoras, sentados y comiendo, y girando hacia el portón, varios negros regulares suspendiendo los bocados y los tragos, porque quieren ver la sombra que ahora entra, que pisa el pasto suyo y no lo saben, tienen que verla, esperar que vaya entrando en los haces reflectores, desde atrás de la fuente luminosa, una sombra que se eclipsa en cuanto surge, y se aproxima hacia la escena conurbana con el mandato preciso y perentorio: dispersar esa negrada. Desbandarla de la mesa, de la casa, que salgan disparados, eso mismo, por el parque, corriendo como locos, como ratas, pidiéndome perdón, arrepentidos, que salgan doblegados, asustados, con los brazos en alto y a los gritos, que salgan por Moreno hacia los bajos, que crucen Monsegur, y alcancen la hondonada, y se pierdan para siempre en la vida conurbana que es el modo más certero de perderse, por las generaciones que los sigan, viviendo para siempre en la negrada, haciendo habitaciones en el techo, y comprando ladrillos sin apuro,

infinitamente de a poco hasta que mueren, total el tío es albañil, y el viernes a la tarde, cuando vuelve, va pegando los ladrillos, toma mate, y el sábado, el domingo, va pegando los ladrillos, bien de a poco. No vaya a ser cosa que se apuren: bien de a poco. El corazón de la negrada es ese ritmo: bien de a poco están cagados para siempre. Pero eso no lo saben, y siguen repitiendo que de a poco, bien tranquilos, que a la larga se consigue alguna cosa: la habitación encima de la casa, la cocina azulejada en veinte años. Escuchen: bien de a poco nada cambia. A cada chico que nazca en la hondonada hay que educarlo en la impaciencia perentoria. La condición cambia de un golpe, o es eterna. La impaciencia es el tesoro que les falta. La civilización es apurarse, más veloz que la barbarie, que está quieta. Y yo quiero esta casa en una noche. La quiero arrebatada en un instante. El sentido instalándose instantáneo, de una vez y para siempre, como fue instantáneo el arrebato. ¿O acaso la ocuparon bien de a poco?

Un asado, están comiendo. La negrada en esa mesa fragmentaria, donde hubo alguna vez un quincho a la intemperie, a la luz de la luna conurbana y de los reflectores hostiles en el parque, mientras espera el turno con Lorena, enfrente del espejo, tendida en esa cama, la negrada en esa mesa fragmentaria comiéndose un asado precedente. Una antesala lupanar al aire libre, un choripán prostibular preparatorio. La sombra flaca del portón desvencijado me indica mi lugar entre los negros: en la punta de la mesa, sobre el banco, muy largo, hay que correrse. Y entonces, la mitad de la negrada hace la ola y da la tregua rara que permite que los vea. Y la sombra del portón es la primera: un guachiturro lampiño con remera de un equipo europeo transpirado. Y un morocho desmañado y barba rala, que tendría que llamarse Santillán, y no se llama, porque las cosas no son nunca, cabalmente, lo pensado, y está bien que nos desmientan y corrijan las tendencias literarias que van dando vergüenza cada tanto, y un rapado al que podría conocer y no conozco, o acaso sí, pero se rapa el que ha cambiado, y es distinto, y ya no es nunca como antes, porque perder el pelo es dar el paso, decidido, hacia delante, hacia el abismo de la muerte oscurecido, y el que nunca tendrá pelo en la cabeza aparenta para siempre que camina, que se mueve entre los otros, que es lo mismo que cualquiera, y va sabiendo todo el tiempo que es distinto, y que está determinado a cualquier cosa, que es un toro muy taimado y muy astuto, que no tiene qué perder, lo perdió todo, y no puede ni decirlo, ni admitirlo, y no será nunca consolado cabalmente, y por eso los demás inventan cosas, naderías que mitiguen el peligro inveterado de los que han cambiado rostro sin el pelo, porque en el fondo desconfían de ese cambio, y es prudente ese temor hacia los calvos, porque es anómala y malsana la calvicie, un trabajo del rencor a cada paso, y por eso les inventan naderías que entretengan y conjuren el

peligro: los masajes consternados capilares, las pelucas deprimentes imposibles, o les mentan una herencia lastimera del vigor de los bulbos capilares, como un determinismo resignado, o les injertan pelo de alguien pobre en la cabeza, y los condenan al baldón del injertado, que será menos que un hombre, será un pelado con la sombra pertinaz del pelo de otro, que acaso muera o haya muerto, esté enterrado, en un cajón, medio rapado, mientras su pelo ondea en la cabeza del que no se resignó a ser lo que era, cuando en materia de calvicie, quién lo ignora, se habrá de ser lo que se deba, o habrá que resignarse a no ser nada. La esencia del pelado es darse esencia de pelado y desmadrarse. Es convertir lo contingente en necesario, y salir por ahí desmelenado. Porque si un tipo con peluca se mitiga, si lo postizo adelgaza ontología, el tipo que se injerta el pelo de otro, o el que traslada, catastral, del conurbano, las parcelas capilares hacia el centro, y va sembrando panes que no prenden, y que nunca crecerán como en su sitio, ese tipo ha decidido que no existe, que el misterio de la vida es anodino, y va pidiendo que no se tenga en cuenta lo que piensa, lo que pueda pensar o haya pensado.

Y por eso hay que cuidarse del pelado, en la mesa fragmentaria a la intemperie. Que ya tiene sentado a la derecha a un grandote ulterior cara de opa, con los hombros caídos de paloma, y a la izquierda a Santillán subordinado, aunque la vida interior va trabajando esa obediencia retobada cada tanto, y modera la ambición del caudillaje. “Que se siente allá en la punta”, el pelado. Va marcha atrás la indicación del guachiturro. Y cara de opa se acomoda inopinado, y Santillán que se mueve hacia la punta, y los laderos que obligan al caudillo a calibrar su posición: justo en el medio. Y el guachiturro que me mira y que me indica el banco sólo para mí, la cabecera, donde estaría él sentado hasta hace un rato, cuando debió abandonar aquella mesa porque oyeron que aplaudían allá afuera. Un guachiturro detenido tras las hojas, como un lento animal de madriguera, tenerlo en cuenta para siempre. Y ocupo mi lugar, que es el de Rolo, cuando era el asador de su familia, los domingos remotos de la infancia, o los miércoles distantes de la orgía, cuando era el asador de las mujeres, de los amigos, de los otros, y tengo atrás la parrilla y la mesada. Y de frente nuestra casa conurbana. Prostibular los miércoles lejanos, doméstica el domingo y la familia. La Reja ocupada: ese salto repentino de las cosas que cambian su sentido. Prostibular, Lorena en el espejo. Doméstica, la mano así, contorsionada. Sobre la luna del espejo está Lorena, lupanar, entrevista y conurbana. Pero detrás de la luna está el sentido que se restaura doméstico en la casa. Y en la mesa fragmentaria los dos bancos: Santillán, caudillo calvo y cara de opa, sobre el banco largo y pesado a la derecha. Y a la izquierda, en el otro banco largo fragmentario, el guachiturro lampiño y transpirado, y dos

hermanos indios, pelo largo, masticando cabizbajos lo que comen: una cifra del oeste envilecido. Soy sucedáneo de Rolo en esa mesa: el caudillo me indicó la cabecera.

Y cuando ocupo mi lugar entre los negros, fatalmente sucedáneo y en la punta, aparece en la penumbra de la otra cabecera el inconstante que me trajo, el negro ocupa que miraba detenido el álbum triste de Lorena conurbana. No me saluda, y no me reconoce, porque el ciclo regular de la aspirina atraviesa la faceta taciturna. Y entonces pienso en las dos nenas emisarias, que podrían surgir desde la casa, altas, flacas, con los moños esmerados, refractarias al esfuerzo cognitivo, y que podrían verme, sentado allá en la punta, y entrar calladas a la casa conurbana, y despertar a Lorena en el espejo, dormitando entre visitas vislumbradas, para decirle que afuera está ese tipo que vino ayer y que trajo policías, cuando ella les pidió que les dijeran que la mamá, que el hermano y los remedios. ¿Y si salen las dos nenas emisarias? Ponerse en pie y acercarse a la parrilla, de espaldas a la casa conurbana, escondiendo que soy el sucedáneo y que traje policías conurbanos.

Pero no salen las nenas a esta hora. Están en casa, dormidas en sus camas. En las camas de otras sombras que pasaron. Y en la mesa fragmentaria a la intemperie, varios hombres esperando mientras beben vino en caja de unos vasos coloridos, que son culos de botella recortados. El caudillo es el hombre del momento cuando toma la palabra y va contando que en Moreno hubo, una vez, un desalojo, y que fueron reprimidas con violencia las familias de los pobres compañeros que se habían instalado en los terrenos que les fueran asignados por el fondo, y Sanginetto, que dirige el movimiento de la tierra y la vivienda allá en Moreno, por poco pierde un ojo en esa lucha, los del grupo especial, y Sanginetto, que es combate y territorio, le juró venganza al intendente, alentó las salidas de los cauces, y le ocupó las casas quintas que quería, y acá Lorena y Gabriel, dos compañeros, le consiguieron ésta a Sanginetto, porque la propiedad es un derecho que caduca cuando no es ejercido, porque nadie es propietario de la cosa, si no la puede gozar o la degrada, y el caudillo calvo que me mira, que es el hombre del momento, aunque nadie esté escuchando en esa mesa, ni cara de opa, con los hombros caídos de paloma, ni los hermanos indios trabajados por la nostalgia puelche taciturna, porque perdieron lo que nunca habrán tenido, y el caudillo que me habla sólo a mí, en esa mesa, el sucedáneo de Rolo allá en la punta, mientras veladas en el gris del mosquitero, encuadradas en el fiel de la ventana, las nenas emisarias van mirando, y están quietas con los moños esmerados, porque una sombra las secunda paulatina, va surgiendo en el esbozo perfilado, desde la casa profunda y conurbana, y es Lorena en la ventana que me mira, cuando

el caudillo ya ha explicado para nadie, para mí, en la punta de la mesa y sucedáneo, que Sanginetto es combate y territorio —y yo deba levantarme de esa mesa, aunque ya es tarde—, que es combate y territorio pero que Sanginetto no es ocupa, y me encamine a la pileta por el parque, y la negrada inopinada se disperse de la mesa fragmentaria y me acompañe como una nube aluvional a la pileta, como una metáfora aturdida, y algunos lleguen antes hasta el borde.

El más alto, cara de opa, sobre el borde, con un tronco largo hace palanca, en el fondo viscoso de las aguas, como queriendo remar en la pileta. Las sombras que se ríen de la idea: la pileta una góndola invertida atravesando el parque hacia Moreno, alejándose de a poco de la casa, que va surcando rígida el asfalto. Es difícil de creer que la abandonen, que el sentido se restaure en un instante, y me prevengo concienzudo ante mí mismo: no creerlo, que es un modo solapado de alentar lo que querría que ocurriera. Hablar con esos negros e inducirlos, aunque no sepa bien con qué argumentos. Me doy vuelta para hablar, para decirles, y alcanzo a ver lo que no entiendo, la sonrisa suspendida del más alto, cara de opa, y muy cerca, oscurecido por el agua, rugoso y desmedido, el remo improvisado. La contundencia del golpe se confunde con la caída en el pasto que es barroso. El golpe es formidable, pero no definitivo, porque al verlo llegar voy hacia atrás, asido del reflejo. No pierdo la conciencia, quedo inmóvil en el pasto: es una astucia. O es el modo en que habito lo pasivo, que participa de la astucia y la obediencia.

Junto al borde irregular de la pileta, tendido en un lugar donde no estuve nunca, en esa perspectiva desde abajo, los oigo atareados por el parque, alejándose en cuadrilla hacia la casa. Podría estar ahí toda la vida. Las hojas secas y mojadas, el pasto alto, las ramas intrincadas, no me dan el asco previsible, no me hablan de las víboras rastreras, de la viscosidad del sapo oculto: son la tranquilidad material de ese refugio. Amanece, La Reja se ilumina, con esa luz del cielo siempre encapotado. Y los oigo que se llaman, que caminan, por el parque, y que abren el portón, que lo levantan, entre varios. Oigo esa actividad de los que cumplen una vaga tarea acordada aun con la resaca instalada en cada nuca. Oigo que hablan de Lorena, que atraviesa el parque hacia el portón, a la salida. Lorena que pasó toda la noche tendida en esa cama en el espejo, en la primera habitación, la de los grandes. Los chicos también habrán salido, pero no los oigo, van en brazos de los otros, van dormidos. Oigo el ruido del motor de algunos autos, oigo el golpe amortiguado de las puertas, ese golpe decidido hacia delante. Oigo los autos que se alejan por Moreno, a la hondonada. Oigo los pájaros que cantan, y amanece.

Podría estar ahí toda la vida. Pero el portón de nuevo y hacia arriba, con precauciones nuevas, o distintas, y con los pasos que

avanzan por el parque, hacia este lado. Los pasos decididos que completan esa escala previsible de los ruidos regulares que se acercan. Alguien parado junto a mí me toca el hombro, y entiendo que quedé sobre el costado: esa mano pesada, desde arriba, me revela una disposición tendida sobre el pasto, me entrega un cuerpo. Y la voz tranquila del criollo que pregunta: "¿Qué pasó?", y no espera que conteste. Me pongo en pie, junto a Mingo, que es más alto. Me pongo en pie porque Mingo lo decide, porque ha tomado el relevo existencial de lo que ocurre, y ahora es él que nos conduce atravesando el parque amanecido hacia la casa.

Y al acercarnos por el parque hacia la casa, la veo por primera vez en mucho tiempo. Las tres ventanas enmarcadas que se achican, la marca de la puerta que no existe, el alero irregular desguarnecido. Aunque es poco lo que veo, es inasible. Esa casa no se deja ver en el recuerdo, pero tampoco ahora, en el preciso momento en que la miro. Esa casa exigente es invisible, y amenaza todo el tiempo con caerse, con ser quemada y que los techos se derrumben, o anulados los cimientos por hormigas, que son ciegas, pertinaces, conurbanas, ir hundiéndose morosa bajo el césped, la tierra negra asomada a las ventanas, o anegarse en su propio pozo ciego, inquietante, o también ser usurpada, o ser tasada exiguamente por el fisco y rematada por la mora inmemorial de los impuestos. Esa casa es lo único que tengo, la incertidumbre material que me domina, que me sojuzga, que me golpea, y Mingo, que lo sabe, me acompaña. Y cuando al cabo accedemos los dos juntos, y pisamos las baldosas rojas que circundan esa sola casa construida en la tierra de los negros conurbanos, en territorio federal equivocado, que podrían profanar y que profanan, cuando pisa Mingo las baldosas rojas fragmentadas por las raíces que les crecen desde abajo, porque hay otras amenazas soterradas, y la oscura voluntad de esas raíces que se asoman complicadas y bulbosas las expresan, las presiden, las figuran, en cuanto pisa Mingo las baldosas, y amanece y está todo callado, me dice que lo espere en esa puerta que alguna vez no tuvo rejas, y que ahora él empuja hacia delante, para entrar en la casa, recorrerla, y volver a decirme que no hay nadie, que la casa está vacía, que se fueron a la mierda, que la casa está vacía, que no hay nadie.

Y entonces vemos a lo lejos, surgiendo de la curva de la Elsita, un grupo de personas y camiones. Un primer frente, disgregado, que conversa, mientras avanza confiado hacia La Reja. Han venido caminando desde el pueblo. Las líneas segundas y terceras, en silencio. El diálogo es prebenda de vanguardias. Al paso, acompañan los camiones. Que no son camiones. Son dos combis blancas desparejas, de las que van del Obelisco hasta La Plata, o a cualquier lugar del conurbano. Las combis suben y bajan despacio por las zanjas que bordean toda finca y la lindera. Dejan la calzada al caminante. El centro de la escena, al grupo que camina. Le digo a Mingo que hay que conseguir los horarios de las combis que llegan a Moreno. Me dice que no llegan. Le digo también que esos que vienen son los compañeros de Rolo, de la ANSES. Que hay que resistir la posición. Mingo me dice: "Hablá con Rolo". Le digo que es inútil, que no sirve. Que han venido a pasar el día, y que el único modo de impedirlo, es defender la posición. "¿Y cómo hacemos?", dice Mingo. Pienso en un rifle de aire comprimido. Desde la zanja que bordea nuestra finca y la lindera, o sobre las tejas esmaltadas, agobiando hasta el final la galería, disparamos al grupo indistinguible, que se desbanda y pierde el centro de la escena. Los combis enloquecen en la zanja, retroceden, quieren volver al pueblo enseguida. ¿Con un rifle de aire comprimido? Le digo a Mingo que hay que pedírselo al sobrino. "Lo vendió", dice Mingo. "Cuando tuvo que comprar la bordeadora, vendió el rifle y otras cosas que tenía." Mingo me dice entonces que esperemos, que está anunciado lluvia. Que pasemos detrás del alambrado, a escondernos del lado de Buontempo.

Nos acostamos detrás de ese tejido, sobre la tierra irregular, inclinada, cubierta por los frutos estériles de la palmera. La palmera que plantamos con Rolo, aunque él diga siempre: "cuando la planté, era así", y levante algo el brazo derecho, y yo no esté ostensiblemente en el recuerdo. En la base del tronco aparece la madera carcomida, como si la planta estuviera enferma. Toda enfermedad es un ritmo, el de la angustia renovada de constatar que avanza. Cada vez que entraba al parque, que abría el portón verde y lo cerraba con dificultad, lo primero era revisar la palmera. Toda enfermedad tiene una métrica. Entraba solo, cruzaba el parque, rodeaba la pileta, me agachaba para constatar el avance de la enfermedad. Cuando le dije a Rolo que estaba preocupado —hay que insistir, primero no lo acepta

—, me dijo que la cubriera con barro. Rolo tiene un pasado de viverista que supo convertir en principio de autoridad: dice el nombre latino de las plantas. Pero el partido que saca de su restringida erudición no es cabal, porque el tono de la voz en latín es de burla leve. Como si desafiara su propia autoridad. Todo conocimiento admite el sarcasmo: ese tono quiere ser un exorcismo.

Le pregunté a su pasado de viverista —tuve vivero es la expresión indefinida que usa— y me dijo que cubriera el tronco con barro. Así que yo hacía un pozo, con la pala nueva, detrás de la pileta, donde antes se quemaba la basura. Cuando removía la tierra aparecían vidrios, y latas, y tenedores desdentados. Fragmentos tristes de telas raras. Un día, el cráneo de un perro, una muerte menor, pero una muerte. Llenaba el pozo de agua, y después hundía las manos en el barro, y cubría el tronco de la palmera. El barro se adhería con dificultad, había que insistir, pero al final alcanzaba la ilusión de un tronco sólido. La lluvia, en pocos días, lo lavaba. Ahora, porque la veo ahí, a dos metros, detrás del alambrado, le digo a Mingo que hay que hacer algo con esa palmera, y él me dice que sí, y los dos nos liberamos de la tarea en el futuro inmediato, poblado de tareas. Le digo también que hay que levantar el tejido. Traer el machete y cortar los laureles —*laurus nobilis*— que lo hunden. Se lo digo en voz baja, mientras estamos acostados sobre la cama de frutos amarillos y estériles, del lado del vecino, en esa zona catastral en que se encuentran los vértices de cuatro propiedades: un gallinero, un terreno tomado, la casa eterna de los Buontempo, La Reja.

Oímos el mugido del portón: están entrando. Si alguien nos viera desde arriba, acostados del lado de Buontempo. Si alguien entrara ahora en *google earth*, y navegara hacia La Reja, en el silencio perfecto de la siesta, y ampliara la esquina de Moreno y de Madero. Una casa: finalmente alterado su sentido. Tal vez vería un móvil que se adentra en la hondonada que circunda la finca y la lindera, la zanja con el pasto mal cortado. O quizás un polígono de tiro. Un hombre detenido, desde arriba, con el brazo estirado y apuntando hacia el fondo de la finca, vagamente un gallinero. Vería una pileta. O quizás, actualizados, dos hombres acostados sobre el pasto. ¿Nos vería actualizados sobre el pasto o vería solamente una palmera? Y en la finca una fiesta en la pileta. Mucha gente detenida por el parque. Vería el signo de todas las presencias que antes caminaron por el pasto. El orden de las tejas esmaltadas agobiando hasta el final la galería. Las plantas descuidadas. O dos nenas acercándose al portón, la nada misma. Inferida solución de continuidad del segmentado mar de los ligustros. Dos nenas a distancia de esa nada. Del otro lado, el hombre de todos los momentos, y una gorda —que sacude un instante la nada detenida— y un punto negro sabiendo sustraerse, y una

herramienta suiza que interviene. Distancias respetuosas a la nada. La nada bien visible desde arriba.

Están entrando. Han venido caminando desde el pueblo. Oímos a las chicas que se ríen, a algunos compañeros que se cargan. Las combis se desplazan lentas sobre el césped. Estacionan al fondo del terreno, bajo el níspero anómalo y silvestre. Una combi es tomada por asalto, los compañeros caminantes la rodean. "Es ésta, Carlos", grita alguien. Los buzos conurbanos aproximan las escafandras fugaces de las manos a los vidrios oscuros y templados. Abren la puerta de atrás, que se levanta, y es otro insecto lento que consiente las efusiones maquinales del instinto. Sacan tablones, y canastas, y unas sillas. La caravana del tablón y el caballete, ya se organiza en los mares conurbanos, al lado del pilar de la pileta. Piden un triple, gritan que un triple, Rolo. Yo compré tres triples en el tren, le digo a Mingo. Venían en una bolsa de celofán por cinco pesos. Deben estar en el armario de la cocina, donde ahora guardamos las herramientas, con paquetes de yerba, y de fideos, con una cabeza de ajo, y con piolines, y con ganchos para maceteros, y reflectores, y celdas fotoeléctricas. Van a enchufar parlantes. Van a poner música y bailar. Trajeron un *disc jockey*, esa categoría voluntaria. Bajan consolas. Las infiero, porque no sé qué son. El voluntario de la música está en cuero, el cuerpo bien tatuado. Sólo los tatuados distinguen los tatuajes, sólo los tatuados los anhelan. Tiene un pantalón negro, largo, borceguíes.

Habrán ido a buscar el triple, en una bolsa en el armario. El armario de La Reja donde antes guardábamos los platos, lo comido en treinta años. Si alguien entrara ahora en *google wardrobe* y navegara hacia el armario, en el silencio perfecto de la siesta, y ampliara los estantes, vería mercancía actualizada. O desactualizada por el tiempo. Vería los paquetes que no existen, las marcas viejas que ya no se producen. Sentiría una nostalgia sin sustancia, de la que acaso sería responsable: ¿para qué entra si no en *google wardrobe*? Le digo a Mingo que hay que revocar el interior del armario de la cocina —me dice que sí—, forrar los estantes con papel, y echarle hortal al hormiguero que crece abajo. "Ahí tienen el nido", dice Mingo. Lo dice con rencor hacia la hormiga. "Tiramos el remedio y cagan fuego." Lo dice con rencor hacia la especie. El remedio es el veneno para hormigas. Theophrastus Philippus Aureolus Bombastus von Hohenheim y Mingo opinan lo mismo: todo remedio es veneno. Mingo como alumno de la escuela de Paracelso. Un alumno sutil, porque el maestro era enfático —está bien, abría escuela—. "Los médicos inhábiles dicen que mis remedios son veneno. Yo les pregunto, ¿qué es veneno y qué no lo es?" Y también: "¿Algún misterio de la naturaleza se oculta en el veneno?". Ninguno. "Tiramos el remedio y cagan fuego."

Arman la mesa, y traen unos parlantes. Van a bailar, al borde de la

pileta. Las chicas de la ANSES se sacan los pareos en un rato, y organizan una coreografía sobre el borde. Querría decírselo a Mingo, explicarle que sé todo lo que va a pasar. Pero ahora, porque lo veo ahí, a tres metros, le digo que hay que pintar el borde blanco de la pileta. Me dice que sí. Además, él no sabe qué es pareo, y yo no sé anticipar qué pasará, más que de un modo general e impreciso. Si pudiera anticiparlo, sería cauto: lo juro, lo prometo. Podría controlarlo sin vehemencia. Pero sólo después sabré lo que sabía. El saber sin saber anticipar: ambas cosas no pueden ser lo mismo. Tendría que saber sin anhelar. Una ventaja: el saber que no anticipa es infalible. Infaliblemente sabré lo que sabía, cuando vea los pareos en un rato, cuando vea a las chicas que se mueven. No se trata de saber si eso me sirve, no se trata de pensar lo utilitario. Sólo lo inútil un día se revela, y pasa a convertirse en otra cosa. La utilidad es la sustancia que perdura. La sustancia que perdura no interesa. Las posibilidades se emboscan en lo inútil.

Las cosas se organizan entre todos, sin nosotros. Las mesas van buscando caballetes, los triples liberados ya conducen el misterio material de la corriente, que surge de la tierra, bajo el césped, y accede al pilar de la pileta, y viaja por dos cables importados, y pasa a la consola del tatuado, y se convierte en esa voz mestiza de Elvis Crespo que dice que los labios que lo besen otra vez. La sustancia que perdura no interesa: las posibilidades se emboscan en lo inútil. La mujer que ofrece sopa está contenta. Le dicen qué rico y le hacen chistes. Se ríen tanto —porque sopa— y ella dice que es sopa paraguaya. Ah, dicen algunos que no entienden: no terminan de entender lo paraguayo, la soterrada condición que ahora emerge emboscada en ademanes culinarios. ¿Qué tendrá esa mujer de paraguayo? La condición es la pregunta que atraviesa los estados de ánimo en el otro. La condición es la sospecha que se cambia en indulgencia, en temor, en suspicacia. Es un determinismo pasional tornasolado.

La otra combi ha quedado detenida en el fondo de los mares conurbanos. Sobre el pasto lustroso las dos huellas viborean con las otras: no son nada. Son senderos tonales de lo verde, porque el darse de lo verde es lo tonal, obstinadamente variado en todos lados. Tiene, también, los vidrios esfumados. Una puerta corrediza que se abre, como todas las puertas corredizas, y deja ver dos tacos que se aprontan, y el comienzo nudoso de unas piernas, esa zona corporal indefinida que surge bajo el cuero de una vaca innominada, y se levanta latente y abombada, con el temor de las venas que se aprietan, y alcanza la región articulada del tobillo tumultuoso, que es un mojón siempre distinto y previsible —el darse articular es lo anatómicamente inesperado—, que señala el comienzo de las piernas, de una

contingencia depilada: las piernas no son nunca, cabalmente, lo esperado. Pero éstas lo son menos, son las piernas de Daniela. Que está vieja. La cadera envuelta en redes negras. Daniela, de Las primas. La piel de la cara es imprecisa. Se llama Daniela, la conozco: Mingo se ríe, la mira, y no me entiende. Le digo a Mingo alguna incongruencia, que Daniela tomó sol toda la vida. "Son todas huainas", dice Mingo. Mingo pasó al sol la vida entera. Está Fabiola. Y Mónica, están todas. Los compañeros de la ANSES trajeron a Las primas. Las trajo Rolo, ahora bailan. Se sacan esas redes en un rato, y organizan una coreografía sobre el borde.

La consola del tatuado las saluda y lanza la de Antonio y esa mano. Hay un morocho obediente que se ríe: le festeja la ocurrencia al compañero. Los muchachos de la ANSES rodean a Las primas. Daniela es la más seria. Aspira a algo mejor y no lo alcanza. Querría a Luis Miguel, sentado en una playa mexicana. Querría tantas cosas que no tiene. Fabiola les sonríe, está en el mundo. Rolo diría: "Fabiola es la más piola". Las otras dos son rubias, pelo corto. No sé cómo se llaman. Son más viejas, si cabe, que Fabiola, que Mónica y Daniela. El rictus de la cara es otra cosa. Dos directoras de una escuela conurbana vestidas para el tibio reviente de algún día. Un viernes. Un acto escolar que derrapase, con el profesor de música, acaso el de gimnasia, hacia Merlo, Morón o Mataderos, a la casa de alguna separada. La mujer de la sopa ofrece sopa. Los muchachos de la ANSES hacen pasillo, y la mujer adelanta la bandeja. Fabiola es alta. Se saca el guante negro, o azul, de terciopelo, y elige una porción de la bandeja. Fabiola está en el mundo contingente, que acaso ofrece sopa paraguaya. Daniela está en el mundo de Platón, sentando a Luis Miguel sobre arena mexicana. No quiere sopa, dice no, los brazos cruzados y caídos. Sonríe apenas porque piensa: "Si supieras dónde estoy, no ofrecerías". Las otras primas operan sustraídas entre esos modos primarios y vitales: empírico y platónico. No logran ser cabalmente entre los polos. Aunque las dos directoras de la escuela tengan conatos orgiásticos de fuga, y puedan ser de un modo repentino.

La fiesta ya empezó, ya no puede detenerse. Ya impone su lógica a las cosas. Ya todo colabora en esa marcha: la música, las mesas y las risas. Y en esa lógica diversa se allana la sorpresa, se mitiga. Las cosas se descubren de otro modo, sin llamamientos al juicio, a la mesura. Ya todo se proyecta en futuros provisorios. La veo a la abogada conversando (¿quién la trajo?), en un gesto ampuloso que señala la vastedad del parque, la casa, la pileta. Señala lo que se ha recuperado, se ríe y lo disfruta. Tiene un vaso de plástico en la mano, conversa con un hombre de espaldas a nosotros. Tal vez le dice al hombre que ella recupera casas quintas, terrenos, propiedades. Lo veo a Tasso, el comisario, vestido de fajina. Vino Tasso: lo trajo la abogada. Habla

con Mónica, el espectro aniñado de Las primas. Podrían vivir juntos si no fuera porque Tasso ya tiene una mujer. Y la amenaza de unos cursos, a los que Mónica, tal vez, asistiría, si Tasso enviudara y recayera en esa obsesión por la morocha conurbano y tuviera que volver los sábados a Merlo. Lo veo a Tegui, el gitano que navega, y recuerdo que vivía en esa casa cuando Rolo la compró, y que nunca pudo irse de La Reja. La vida provisoria que ha vivido. La bicicleta vieja contra el cerco, porque en tierra se mueve en el rodado. Veo a los compañeros de la ANSES, y no los veo, porque son imprecisos, inasibles, y entiendo lo que debo entender, lo que no quiero: que La Reja es de los otros, es de todos, de cualquiera. Que nada pudo ser recuperado. Que nada puede ser jamás recuperado. Que es de los perros oscuros que están muertos. Que venían los días de semana. Los perros de los martes, por ejemplo, a olfatear las presencias del domingo. De Osvaldito, pupilo en padre Fahy, el colegio desolado de la ruta. Se escapaba con algunos compañeros, a comer las ciruelas amarillas, de un árbol que no existe, y a fumar cigarrillos importados que alguno robaría al padre cura, y a tirar la colilla al agua negra, y a escupir las ciruelas que caían al caldo espeso que todo deglutía, a esa sopa primordial de casuarinas, de troncos anómalos, de polen, de cosas de metal indefinidas, de cables, de hojas secas y podridas, de imaginados bagres plesiosaurios, prosperando lustrosos en el fondo vegetal de aquel fango acumulado, con los ojos cerrados, meditando. De la iguana en una fosa de un galpón que ha sido derribado. De las sombras fugaces que durmieron en las camas que eran nuestras. De todas las mujeres de todas las orgías. De Brisa y de Lorena. La Reja es de los otros, es el albur de la cosa poseída.

Veo a Las primas subidas sobre el borde, ya se mueven, ya dan pena. Una pena que no es declamativa, una precisa pena cósmica punzante por el destino universal del hombre, que baila solitario sobre el borde en el que pudo tomar luna un plesiosaurio. Ahora tienen calzas brillantes color perla, o color de las perlas coloreadas, y unas medias de lana en los tobillos, abiertas como bolsas o sombreros imposibles arrugados, y unas camisetas complicadas —pero ¿cuándo se cambiaron?—, y el tatuado obediente en la consola, y Fabiola apoyando los codos en el aire, sobre esa zona corporal indefinida que señala el comienzo de la espalda, bajo las calzas altas de Daniela, que dobla el tronco hacia adelante, las manos descansando en las rodillas, en esa posición ignominiosa que señala el comienzo previsto de aquel cuadro que ya ha sido pensado y ensayado a veinticinco años vista de este día, en una oficina perdida —es otra historia—.

Le digo a Mingo que hay que levantarse, ponerse en marcha, salir hacia su casa. Comer algo, tal vez, y prepararse. Y hablar con el sobrino: que nos junte las botellas preparadas, y preparar más, si

hiciera falta. “¿Preparó tu sobrino las botellas?” Que estuvo haciendo el pozo para el agua. Que ya no tiene tiempo en la semana. Que alguna preparó. Le digo que vayamos a buscarlas. No dice nada, y después dice: “En el carrito nos entran unas cuantas”. Nos cuesta levantarnos, con los frutos pegados en la mano. Siempre cuesta separarse de la tierra, con las marcas fugaces en las palmas. Lo mejor será alejarnos hacia dentro, hacia la propiedad de los Buontempo. Lo explica Mingo, acaso sin palabras. Si avanzamos pegados al tejido, alguno nos verá: los dos intrusos. Dirán que soy muy complicado, que ahora espío, que nunca me conforma lo que tengo. Lo dirá la abogada a quien la escuche. Tendrá razón, y estará también equivocada: como todos los que hablan.

Entramos en el parque devastado, con los robles arrancados a la tierra. De no venir, los árboles caen solos. La corona de tierra y de raíces en la base de un tronco desmedido: jugábamos debajo de ese árbol. Adentrarse en el terreno hacia la casa, asomarse a la pileta solitaria, antigua, azulejada. Un vasto estanque de cuadrados amarillos. En esas aguas duras que pasaron, que surgieron del fondo de la tierra, que durante un mes, acaso, interminable, se estancaron entre límites palpables y foráneos, en el agua amanecida, nos bañamos. Pero nunca dos veces, siempre una. No hay la misma pileta para nadie, por más que ese nadie la azuleje y la prohíje y la tutele y le barra el fondo con denuedo. Dos veces, nunca. Corrimos por el borde y nos tiramos: por un borde distinto a cada paso, a un agua inasible a cada instante.

Ahora, la soledad de la casa, y la pileta, viene del sol que a veces la ilumina. Y que luego se eclipsa, se ensombrece, y cambia el viento, y hay nubes grises, y acaso llueve y no hay nadie para verlo. Bajo el alero exiguo que recorre la casa sobre lajas que señalan el límite del pasto mal cortado, no hay quien se refugie, ni se moje. No hay quien registre el cambio de las luces en el parque, en el cielo, entre los árboles, la intensidad tonal de lo que es verde, de lo que pudo ser verde y no lo ha sido, de los grises aguados desde el cielo, del aire frío. De la vuelta del sol entre las lajas. La soledad procede de los cambios. De los cambios sin registro. De los cambios registrados a destiempo por quien no debía, acaso, registrarlos. O mejor, del registro de los cambios sin registro. Eran muchos los Buontempo, todos juntos, muchos tíos, y sobrinos, y entenados. Mingo conoce, se mueve sin mayores atenciones. Habrá venido en otras circunstancias, que no puedo imaginar. O acaso no ha venido, y va vendiendo lo que vende: baqueanía.

El baqueano de las quintas de los otros conoce aún lo que no ha visto. Si a Mingo le vendaran los ojos, lo marearan, lo soltaran en La Reja, en cualquier parte, él se pondría en cuatro patas sobre el pasto, a masticar el trébol, la gramilla, o aquello que ha crecido en los parques ignorados, y rumiando una certeza nos diría: “Es una quinta chica, del dique pa’ este lado”. O también: “Está pasando la ruta, medio lejos”. Y el matiz de la certeza alcanzaría, tal vez, aquella intensidad insospechada de los augurios literarios del pasado: “Es fácil, la que cuida Miguel, acá a la vuelta. Vinieron los patrones el domingo.

Hicieron un asado, medio tarde. Comieron lo que pide la señora, ¿cómo es? Comieron la molleja, bien cocida".

Rodeamos la casa por detrás: la galería, la puerta de entrada a la cocina. Los postigos cerrados, de madera. Una puerta mosquitero. Del otro lado, el camino de pinos inclinados: haber unido las puntas de los pinos para formar un tunel vegetal hacia la calle. Hacia el portón bajo y macizo de madera. Unos pinos sombríos, doblegados. Pasamos por el tunel de las ansias, de los miles de niños que han llegado. Por el tunel invertido de las penas, salimos a Moreno, hacia la izquierda. El portón abierto, sin candado. La música nos llega inalterada. La abogada baila, tal vez, en la pileta. O cerca del borde, entre las filas, de los movidos por influjo de Las primas, que lo saben: se avasallan las vanguardias inmediatas, pero declina el ascendiente con las filas, porque es una función de la distancia. La irreverencia es prebenda a retaguardia. Nosotros también nos sustraemos, nos vamos alejando por Moreno, hacia la pampa de casitas horribles y espontáneas. De ladrillos desnudos y de chapas. De las formas invictas de lo fiero. De la orilla de tierra irremediable, de la zanja viscosa entristecida, del hastío de la cumbia repetida, de los perros mestizos y bastardos. A la pampa hacinada que amenaza. Hacia las casas que levanta la negrada, hacia esa arquitectura contingente, que es la expresión de lo que está determinado.

Cruzamos Monsegur hacia los bajos, la hondonada inmensa que se pierde como una laguna disecada. Cruzamos la calzada ancha, de tierra, que sube irregular hacia los eucaliptos, perfectos, desmedidos, en ese estado anterior del movimiento, de las hojas lanceoladas y remotas que no se mueven ni están quietas. La cifra desmedida de un gran asentimiento a la llanura. Monsegur de cuadreras y sortija: porque hay formas de ignorar el mensaje de las hojas. Pasar con el caballo a todo tranco, carrera abajo, llamándose Sosa, o Galíndez, o Escudero. Atrás, un pasado apisonado, de tierra y de silencio. Es una cosa. O erguirse en el caballo, las piernas tiesas y abiertas de muñeco, con un fierrito misterioso entre los dedos, que nadie nunca ve, buscando un aro dócil y engarzado, cuando tiembla la tierra y el caballo. Es una cosa. La otra es instalar un inodoro, la otra es excavar un pozo ciego. Montar una tapera irremediable, venir de cualquier parte a la llanura, ocupar los pastos de la nada, donde antes jugábamos con miedo. Cortar el pasto con machete. Pisarlo, apisonarlo, doblegarlo. Lograr que ya no crezca, relegarlo a las banquinas, al fondo de la casa, es otra cosa.

En el patio de atrás, de tierra, donde Mingo tiene las gallinas, y una pileta cercada con alambre, sin revoque —le digo que hay que revocar esa pileta, "lo que cuesta", dice Mingo, y "por ahora"—, cae la lluvia triste, que moja la tierra y la mejora. La lluvia que no es triste en cuanto llueve. Que activa las hojas de la mora, el patio de tierra detenido. Mingo dice que mire las botellas, que a ver si son ésas las que sirven. "¿No preparaste?", le digo, y me celebro, por ser capaz de tratarlo con denuedo. "No tuve tiempo", dice Mingo, "vos fijate". Me acerco a las botellas arrumbadas, al mar oblicuo, tonal y solidario, a la ola fijada en vidrio frío, a la ola en su artificio arrinconada. Si soplara el viento de algún modo, esas nadas tonales de lo verde serían traducidas por el aire —la nada se traduce como nada— y el mar resonaría en este patio, del oeste lejano de las playas.

Pero el mar y la negrada no se llevan: ninguno lleva al otro a ningún lado. No traen agüita de mar en botellitas, ni viajan por el mar que no conocen. Aunque algunos hayan ido hasta la playa, a bañarse vestidos, con la ropa, que les deja contra el cuerpo las costuras, visibles y lustrosas con el agua. No resuena el mar en ningún patio, no se trata de querer lo que no existe. Y menos en la vasta hondonada, en la austera laguna disecada, escurrida entre las matas conurbanas que ocultaron al indio inconcebible asomándose al vapor de la laguna. Que sirven, las botellas, eso digo. Y al decirlo ante Mingo me desdoblo, porque no sé si sirven, pero Mingo no ha querido prepararlas. Y si Mingo no prepara es que no quiere. El indio inconcebible entre las matas, lustrosas, mientras llueve. Hablar es desdoblarse cada tanto. El indio en estos bajos naturales, oculto entre las matas, lacustres y taimadas. Los altos de La Reja.

No es una ironía involuntaria. Los que vinieron aquí de cualquier parte, llaman los altos a estos bajos naturales. Pusieron dos carteles en la ruta: Los altos de La Reja, y una flecha. Los altos de La Reja, en la canchita. Es saber usurpar lo tentativo. Si algun día se instala el *country* de la zona, estará vedado el nombre, o habrá que venir a negociarlo: "Iluminamos la cancha si lo cambian. Veinticinco de Mayo, o Dos de Enero, lo que quieran. Barrio humilde Dos de Enero, les conviene". "Barrio obrero Padre Pío", dirá acaso una señora que viajó por Italia no hace tanto. No será fácil. ¿Con qué luces se ilumina esa penumbra? El catastro dirá que no es posible, y luego accederá. Y mientras tanto el consejo directivo —la señora y los idiotas que

prosperan— tendrá que barajar alternativas, con lo lindo que era el nombre de los altos. Dirán que Ayres de La Reja *country club*, pero es el viento soplando entre barrotes. Dirán Los Patos de La Reja, que parecen al spiedo, a la parrilla. Dirán que nombres de árboles, o plantas. Los pinos. El laurel. La cinacina. La glicina. El sauce. La araucaria. Los ligustros. El fresno. El eucaliptus. "La enamorada del muro", dirá un idiota, en referencia a la vecina que propuso una pared perimetral de cuatro metros, y no habrá forma de alcanzar la precedencia entre especies vegetales anodinas.

¿Y con el nombre latino de las plantas? Si Rolo fuera parte del consejo —no hay comisión que albergue el desacato, ni *country club* en el que Rolo prosperara—, propondría probar con lo latino, primero por mostrar que lo conoce, y luego modulando la ironía, que busca desarmar ese conato de ser como los otros; él, que cree estar fingiendo, está en lo cierto y está también equivocado, como todo el que imagina: conocer es decidir que se conoce. Conocer es decidir que no se finge. Y entonces brotarían los nombres malhadados, acaso en virtud de la ironía. *Eucalyptus camaldulensis country club*, que es bien arduo. *Laurus nobilis country club*, una vaga cofradía de poetas voluntarios. *Ligustrum vulgare country club*, un tirarse a menos solapado. Pero no habrá forma latina que persuada: Los altos de La Reja será el nombre, por esa amable elevación que evoca, pero también por la advertencia, velada, en que se afila: en los altos de la reja está la punta, que se ensarta en el abdomen del que trepa.

Y nunca habrá en aquella comisión, ni tampoco acá, en el barrio de Mingo en la laguna, la voz sensata que desarme lo nombrado de aquellas intenciones subsidiarias, que desmonte voluntades solapadas, aunque ingenuas, que sólo van nombrando el artificio, y proponga nombrar como al principio claro de los tiempos: nombrar la cosa misma, decir el mero nombre de la cosa, el arquetípico nombre de la rosa, y todo el artificio aquel del Nilo. Nombrar severamente. Venir con la navaja, decir: "Yo soy el gran nominalista, y afirmo que este *country* se llama Cagazo a la negrada". Y en la comisión, todos con la boca cerrada, doblegados, anticipando que dirán: *Vivimos en Cagazo, es por los chicos, la vida es otra cosa. Tienen amigos, y andan por las casas de uno u otro, se quedan a dormir o vuelven tarde, o juegan al tenis bien temprano, o van a la pileta, todos juntos, y no hay preocupaciones: que dónde estarán o a qué hora vuelven. En Cagazo la vida es otra cosa.*

Y luego ser magnánimo —pero siempre a tiro de navaja— y permitir que el verdadero nombre se matice, sin perder nunca la legítima esencia manifiesta, una circunvolución amable y necesaria para que el ánimo de todos sintonice, y que algún socio proponga Herrumbres de La Reja, por ejemplo —decirle: "no está mal", sin entusiasmo—, y luego otro, Los vidrios en el muro *country club*, un

poco extemporáneo, o también Punta de vidrio. La Reja inexpugnable, dirá otro, en la ronda sincera y paulatina, y una voz, burlona, desde el fondo, Candados de La Reja, y dar por entendido, y entonces explicarlo, aunque lo entiendan ahora todos sin decirlo, que el nombre verdadero es uno solo, Cagazo a la negrada *country club*, que puede estar en cualquier parte, y que no pasará nunca inadvertido, que será una fiesta literal y no fingida, que será un lugar tranquilo y arbolado, y en tren de nombrar como se debe, olvidar los padres píos o las fechas, y declarar Barrio de mierda al de Mingo en la laguna, el arquetípico nombre de los barrios del conurbano lejano de las playas: aquí Cagazo, allí Barrio de mierda, ahora sí, nombrados para siempre, dispuestos a empezar con la dialéctica.

Pero no habrá esa voz sensata, es lo que falta. Mientras miro las botellas arrumbadas, y cabalgo escorado el desconcierto, porque Mingo no prepara si no quiere, porque en Mingo la omisión es elocuente —no nos habla por sus obras, más bien calla—, aparece Rafael, ojo de tuerto, una piedra saltarina y sin anteojos, y abogados, y pensión de invalidez para el sobrino. Rafael colaborando en varios frentes, exonerado del mundo del trabajo, pintando una pared, cortando el pasto, como una sombra sobrina de otras sombras. O trayendo un bidón, como hace ahora, en este momento preciso en que saluda, como un joven tuerto taciturno. Un bidón pesado y amarillo, y un papel irregular que sobresale de la tapa negra, a rosca y apretada, como la falda exigua y con volados de las corales bailarinas de aquel cuento. Una sombra exonerada que recorta una falda minúscula, prolija, porque el líquido verde, y oscuro, y ominoso, que se agita en el bidón, nos amenaza, nos dice que es capaz de transformarse, nos dice que es el diablo en la botella, que debe preservarse hasta el momento en que haya una labor encomendada.

Lavamos las botellas en el patio, la tierra que percude el vidrio esmerilado. Puestas en fila, a la sombra de la mora, por un embudo rojo desdoblamos al ominoso genio en las botellas: hay que dejarle luz en cada una, que los vapores se acumulen en el cuello. Dejar que grite por el aire y que el grito se propague sobre el techo, cuando agobie hasta el final la galería. Rafael corta tiras de una tela, las embute en cada cuello, las enrosca, las embebe a medias, diestramente. Esa acción que ejecuta no se nombra si no es por acciones fragmentarias. Mingo va trayendo el carro al patio, y acomoda las botellas preparadas con un esmero reservado que disuade. Van de pie, en filas, hacia el fondo, y ya no son las botellas de hace un rato: en la caja del camión van los soldados que poco antes descansaban en sus casas. Llueve otra vez, la mora que se activa, Graciela está lavando en la pileta.

“Nos vamos”, dice Mingo, y el carro gira lento las dos ruedas. La

partida solemne es conjurada atendiendo a los perros que se cruzan, al entrepiso que Mingo va erigiendo, a Graciela que nos mira detenida: no dejarse ganar por lo severo de esas ruedas lentas al desastre, repitiendo que no hay signos en el mundo contingente. La casa de los pobres es variada en cambiantes fealdades necesarias. Concentrarse en cada una, atender en cada instante separado la demanda individual de cada cosa, y evitar que se proyecten los sentidos generales opresivos. Y sin signos anteriores ni sentidos, derrotadas ilusiones cognitivas, vivir en el instante sucesivo. Ahora giran unas ruedas, eso es todo. Ahora unas botellas se entrechocan. Ahora es el esmero de la lluvia en los charcos de una calle indefinida. De repente llueve fuerte, ese cambio intensivo de registro. Que ocurra algo así a cada instante: que la intemperie sea el cambio de todos los registros. La demanda individual de cada cosa como una alteración de lo intensivo.

Bordeamos la canchita, con el carro. No hay nadie en ningún lado porque llueve. Caminamos sobre el filo del asfalto, la banquina es un velado barrial de pastos altos. Los paraísos que prosperan con el agua, a través de los rombos del tejido, son la línea de fuga hacia La Reja. Los vemos a distancias regulares, subiendo hacia los altos verdaderos. Somos sombras sobrinas de otras sombras, que empujan un carrito cartonero, a la sombra moderada de la lluvia. Rafael colabora con lo incierto: caminando entre nosotros, nos mitiga. Es capaz de ser locuaz sin perder lo taciturno. Habría que decirle que una piedra es la pura contingencia saltarina. Que se deje de joder con la tristeza. Pero su condición de exonerado se proyecta también sobre nosotros, y vamos por el borde del asfalto con la resolución en la reserva, con lo que va pensando cada uno. Doblamos por Moreno, hacia los altos. La encrucijada del barro es sin dilema: las ruedas por el agua de los charcos, nosotros por islotes solitarios.

Cruzamos Monsegur hacia los altos, la elevación de quintas que se pierden en la meseta inacabable y parcelada, definida de una vez y para siempre por los bajos lacustres y taimados. Pisamos tierra firme, de la buena. Cruzamos la calzada ancha, que sube irregular hacia los eucaliptos, perfectos, desmedidos, en el estado actual del movimiento porque llueve. Y son graves las hojas, por el agua. Y es intensa la cifra desmedida del gran asentimiento a la llanura. Subimos por Moreno, y ya pensamos en qué hacer en cuanto estemos a tiro de botella. O quizá Mingo ya lo sabe, o lo sabrá en cuanto vea a la gente por el parque. Mingo espera a veces, y no opina. Y es una forma de saber lo que no sabe. No anticipa alternativas a distancia: decide con los ojos, resuelve con las cosas a la vista. ¿Entramos por la quinta de Buontempo? Si lo hacemos, quedamos lejos de la casa. Detrás del tejido, a treinta metros. Y en el medio, plantados en el parque, los dos paraísos infranqueables. Por arriba, una parábola imposible. “Ahora vemos”,

dice Mingo. Y lo que quiere decir es: “No te apures”.

No te apures, mano blanca. El tiempo es otra cosa con el carro. El que empuja enfrenta el mundo con los ojos, resuelve en el momento, no especula. No anticipa alternativas del camino: vigila el andamiaje semoviente, comprueba que las ruedas giren rectas, va auscultando el temblor de las botellas. El carro es el ápice presente. El carro es el presente que se empuja, por Madero, por Moreno, hacia los bajos. Y de nuevo hacia los altos verdaderos. No te apures, porteñito. El carro abre el ahora por las calles, sin recuerdos visibles del asfalto, y el ahora es indeciso hacia adelante. Si en el carro Mingo trae la amoladora, o la tijera, o tal vez la motosierra, el futuro está poblado de tareas, y son todas imprecisas, contingentes. Las faenas del futuro son abiertas, y Mingo empuja el carro y no se apura. Rafael, que lo acompaña, no hace mella, porque el tiempo del sobrino es otra cosa, es el tiempo paralelo, exonerado, del que cobra una pensión si no trabaja, y entonces da una mano, corta el pasto, y ejecuta las acciones subsidiarias de aquel trabajo ajeno y verdadero. Si se cansa, de noche no lo dice. Se acuesta y piensa a veces en la piedra que saltó cuando cortaba una mesada. Y que los compañeros le decían: a nosotros nos pasó, no pasa nada. Es el tiempo exonerado del sobrino. Y Mingo no se apura, empuja el carro.

Pero no hay amoladora, ni hay tijeras, porque ahora llevamos las botellas. Y el futuro no es abierto, es necesario, aunque pueda haber vaivenes contingentes, como el golpe flotante de las aguas en los lechos veleidosos de los ríos. La lluvia mojó todas las tiras que el sobrino fue embutiendo en cada pico. Quedaron flores mustias, como algas, en el fondo conurbano de los mares, sin sustento invisible de las aguas. De jean azul, y su reverso, celeste por puntadas alternadas. Y cada bulbo verde, tonal, esmerilado, parece una botella sedentaria, y todas juntas son un banco vegetal, o algo más raro: unas flores toscas y manuales que el pasaje de un navío malhadado preparaba justo antes del naufragio. ¿Preparaban flores o alentaban el ansiado sabotaje transatlántico? ¿Encenderán esas algas retorcidas, esas flores manuales y mojadas? ¿El futuro vuelve a abrirse, contingente? ¿O son vaivenes indecisos de las aguas? No te apures, mano blanca, no hay razones.

Alcanzamos el portón de los Buontempo, y no entramos. Lo decide Mingo con un golpe oblicuo de los ojos. Bordeamos las oscuras casuarinas, salimos del camino. El carro es lento y es pesado por las ramas, por las hojas, las agujas vegetales segmentadas, por el pasto mojado, entorpecido. El carro es lento y el tiempo se prorroga: acechamos el parque en diagonal, y sin decirlo. Rafael camina agachado algunos pasos y se asoma sesgado a la pileta. “Se están bañando algunos todavía”, dice al volver, los pocos pasos repetidos.

¿Y qué hicieron los demás? ¿Se fueron a sus casas? Mingo me dice: “Están adentro”, y lo que quiere decirme me lo digo: llovió y debieron guarecerse, desconectar apurados los parlantes, guardar el equipo en cualquier parte, recoger algunos vasos, los chorizos, ir al baño, secarse, acomodarse, inventar que ahora para, sacar las cartas, formar parejas, y dos o tres mujeres con los platos, que dejen de lavar, que está la pava, y algunos todavía en la pileta, desafiando al rayo, a la tormenta, que electrifica el agua en un instante y fulmina nadadores temerarios.

Podemos acercarnos todavía. La casuarina final será el refugio: apostados, de espaldas, contra el tronco, sobre el tejido que cede en cualquier parte, la trama romboidal como respaldo, sentados sobre el pasto conurbano, mirando hacia atrás, hacia el costado, como miran los que acechan y resisten, a constatar que se suceden puntualmente los epsiodios finales que señalan la intervención preparada de antemano. Las últimas escenas disgregadas. Una morocha gruesa va pasando traqueteada por el parque, corriendo hacia la casa. En short apretado, en musculosa. Está mojada, y va corriendo y es corrida, por un tipo flaco, sin color, en malla flúo. Podría resbalar en cualquier parte, los dos saben que podría deslizarse sobre el barro, surgiendo inopinado bajo el pasto, que cede al talón en cualquier parte y deja ver la huella larga y repentina del pie descalzo patinando abandonado. Y por eso se ríen agitados: que el pasto ceda y caigan juntos y embarrados. Los que quedan desamparan la pileta, porque avanza el aguacero conurbano, desde atrás del gallinero del vecino, la nube es gris, tumultuosa y agolpada. Un redoblar interior de la tormenta.

Matías Alinovi

Nació en Buenos Aires en 1972. Se licenció en Ciencias Físicas en la Universidad de Buenos Aires. Es autor de *Historia de la energía* (2007), *Historia de las epidemias* (2009) e *Historia universal de la infamia científica* (2009). Tradujo, prologó y anotó *Dos lecciones infernales*, de Galileo Galilei. Es autor de cuentos y de una obra de teatro que recrea resultados de la relatividad: *La paradoja de los gemelos*. Es colaborador regular del suplemento de ciencias del diario *Página/12*.

© Matías Alinovi, 2013
© De esta edición:
Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de Ediciones, 2013
Av. Leandro N. Alem 720 (1001) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.alfaguara.com.ar

eISBN: 978-987-04-2889-3
Primera edición digital: marzo de 2013
Diseño: Proyecto de Enric Satué
Diseño de tapa: Adriana Yoel
Imagen de tapa: © Diana Dowek, *Paisaje 2*, pintura acrílica, 1977.
Conversión a formato digital: Recursos Editoriales

Alinovi, Matías
La Reja - 1ª ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2013.
EBook

eISBN 978-987-04-2889-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avenida Rio Mixcoac, 274
Colonia Acacias

03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51